

cuadernos de **NEGACIÓN 10**

CONTRA LA ENAJENACIÓN DE LA VIDA

Presentación	- 03
El capitalismo	- 04
«Había una vez...»	- 05
Un mundo sin corazón	- 09
Entrando en la lucha de clases	- 14
El Capital solo quiere más capital	- 21
Dinero	- 23
El fetichismo de la mercancía	- 25
Alienación	- 28

ADVERTENCIA SOBRE LAS CITAS

No es nuestra tarea anunciar novedades ni resguardar un antiguo tesoro, sin embargo, muchos de quienes se dispongan a leer podrán encontrar aquí pequeñas y grandes revelaciones así como viejos enunciados. Desde CUADERNOS, nos gusta compartir algunos párrafos bien dichos de las diferentes publicaciones, libros, textos y papeles que utilizamos al momento de preparar cada número. Cuando reproducimos estas citas, nombramos a sus autores simplemente para dejar visibles los pasos de algunos de nuestros recorridos e invitar a seguir profundizando. Quien lea con atención sabrá distinguir entre la cercanía de un autor u otro. En su gran mayoría se trata de afines, pero esto tampoco implica una reivindicación acrítica de ellos o de las organizaciones de las que forman o formaron parte. Y quien lea con la intención de reflexionar, pero también de transformar la realidad, comprenderá que todo esto se trata de algo más que libros, panfletos, autores y palabras.

No tenemos nada que venderle a nuestros hermanos de clase, nada con qué seducirlos. No somos un grupúsculo compitiendo en prestigio e influencia con los demás grupúsculos y partidos que dicen representar a los explotados, y que pretenden gobernarlos. Somos proletarios que luchan por acabar con el Capital y el Estado con los medios que tenemos a nuestro alcance, nada más y nada menos.

Si sentís que estos materiales deben ser difundidos... ¡A reproducirlos, imprimirlos, copiarlos, discutirlos! Fueron realizados para circular por donde se considere más conveniente.

Por obvias razones económicas no podemos realizar una gran tirada de esta publicación como lo desearíamos, ni tampoco enviarlo a muchos lugares del mundo, por ello alentamos a la distribución de los CUADERNOS copiándolos y haciéndolos correr como mejor se pueda.

Agradecemos profundamente a quienes vienen colaborando con la difusión de los números de CUADERNOS DE NEGACIÓN y los invitamos a ponerse en contacto.

¡Adelante compañeros!

cuadernosdenegacion@hotmail.com
cuadernosdenegacion.blogspot.com

PRESENTACIÓN

«Tiene más mérito descubrir el misterio en la luz que en las sombras.» (Arthur Cravan, *Pif*)

El proletariado vive sus desgracias como un destino terrible que le ha tocado vivir. Sin embargo, parece olvidar que la mayor parte de estas desgracias tienen que ver con su supervivencia en el modo capitalista de producción y de ninguna forma con algún poder sobrenatural inevitable e ineludible que define su errar en el mundo. Asumir el origen de nuestras desgracias como parte de un destino inalterable nos desarma frente a las condiciones existentes, nos vuelve impotentes, víctimas del momento que nos toca vivir. Pero **no somos víctimas** con un destino fijado. Una víctima es un ser pasivo que sufre por causa ajena. Victimizarnos significa desposeernos de la capacidad y la fuerza para destruir lo que nos daña. Cuando un problema se acepta como algo externo y fortuito, externa y fortuita se nos va a presentar su solución. Responsabilizar al entorno o a los demás de nuestra desgracia nos paraliza, nos despoja frente a las circunstancias y niega la realidad social que compartimos con otros. **Buscar aliados desde esta perspectiva de víctimas solo puede ampliar la victimización**, separando entre “culpables” e “inocentes”, para sentirnos menos solos, manteniendo todo como está.

No somos víctimas, somos explotados y oprimidos, somos la clase con la posibilidad de destruir el capitalismo, su burguesía, su Estado, su trabajo, sus deudas, su miseria, sus enfermedades, su escasez y hasta la forma en que experimentamos la tristeza, los desamores, la muerte, el aburrimiento e incluso nuestras alegrías.

Ninguna interpretación mecanicista de la historia garantiza que esta acumulación de opresiones y explotaciones produzca una nueva y mejor sociedad. Ninguna especulación antropológica garantiza un futuro mejor. Ninguna visión voluntarista de la historia puede asegurar que las buenas ideas triunfarán sobre las malas. Pero la resignación y el miedo tampoco son una opción.

Si bien podemos afirmar que **el comunismo y la anarquía** son un “objetivo”, debemos reafirmar también que **son el movimiento real que suprime el estado de cosas existente**. Lo cual, evidentemente, no significa un paraíso en plena sociedad capitalista sino lo negativo en acción, en movimiento.

Consideramos a nuestros escritos importantes en tanto buscamos ir a la raíz de las cosas, sin embargo, ciertas cuestiones menos conscientes son impermeables a los ataques más bien racionales que aquí desarrollamos. Es necesario modificar esas conductas menos pensadas o de “pensamiento automático” mediante acontecimientos, experiencias directamente vividas. Ante esto, la teoría por sí sola es impotente. **Pero sin teoría, sin posiciones claras**

y sin minorías revolucionarias dichos acontecimientos pueden sucederse unos a otros sin más sentido que proseguir el orden dominante.

Siglos atrás en la Grecia clásica alguien observó que «nunca resultó inútil desentrañar esas cosas, pequeñas a primera vista, de las cuales procede a menudo el encadenamiento de las grandes». **Se trata de unos objetos que son una relación social y una relación social que se objetiviza**. Objetos que podemos sostener con las manos pero que esconden una relación social. Para estos temas evidentemente necesitamos hacer un esfuerzo y disfrutar de cierto nivel de abstracción.

Así como no podríamos intentar entender, explicar y/o atacar al sistema financiero interpretando la simple e individual operación de una persona frente a un cajero automático, no podemos enfrentar al capitalismo comprendiendo y atacando simplemente sus superficialidades. Aunque ¡cuidado! lo que podemos considerar particularidades y superficialidades son parte de la totalidad y también es necesario advertirlas y atacarlas. Se trata sencillamente de no ilusionarse con destruir la totalidad mediante la parcialidad, aunque debemos partir de aquellas para situarlas en contexto y así desarrollar una comprensión más cercana y menos abstracta de nuestra realidad.

Pero, ¿por qué exponer las características principales del capitalismo? Porque, aunque sea importante saber dónde o cómo nos encontramos, **sentimos desde lo más profundo de nuestro ser que la revolución es posible. No tenemos un sistema de ideas que aplicar, que “poner en práctica”. No hacemos futurología ni poseemos un oráculo. Nuestras posiciones surgen de la realidad y por revolución entendemos la negación de todo este mundo del Capital**. Y aunque nos afirmamos en la negación, esto no significa una negación en abstracto, hacia absolutamente todo o en nombre de algo peor. Se trata de la negación de lo que nos niega.

Si realizamos una crítica de la economía es para exponer una crítica de toda la sociedad existente. No se trata de comprar o vender una orgullosa identidad ideológica, tampoco denunciar uno u otro aspecto particular o a los beneficiarios de esta sociedad mercantil generalizada. Debemos exponer y criticar las características generales de este modo de producción y reproducción de “nuestro” mundo.

Con el número anterior dimos inicio a un bloque de CUADERNOS DE NEGACIÓN en el que nos proponemos abordar aspectos centrales de la crítica de la economía. A pesar de la dificultad que revisten algunos temas, consideramos que es una necesidad vital de nuestra clase profundizar en los mismos. A lo largo de las últimas décadas, hemos podido constatar cómo, a través de la actividad minoritaria de diversos grupos así como de diversas experiencias de lucha, se ha logrado avanzar en varios

aspectos de la crítica revolucionaria, como en el rechazo a la ciencia y el progreso, el trabajo, la democracia, etc. Sin embargo, reconocemos que, en lo que a la economía respecta, no se ha logrado profundizar y falta muchísimo por comprender y criticar.

Con esto tampoco debe entenderse a la crítica como una simple suma de críticas a diferentes aspectos de esta sociedad, donde la economía sería uno más entre ellos. Como hemos dicho más de una vez, el capitalismo es la sociedad de lo separado, la separación es su modo de vida y, con cada intento reformista de unir lo separado, se hace más evidente la necesidad de destruir la separación misma.

No solo nos hemos propuesto abordar la crítica de la economía por la falta de claridad que existe en nuestra clase al respecto, sino que lo consideramos central y, sin esta otros aspectos de la crítica no logran llegar a la raíz.¹

Al respecto decíamos en el nro. anterior de CUADERNOS: «Si bien la mercancía, el Capital y el valor no explican absolutamente todo en esta sociedad, sin ellos no podemos comprender nada. La crítica de la economía, como podría suponerse, no deja de lado la política, la religión, la ciencia y demás dimensiones de esta sociedad, sino que, por el contrario, nos permite comprenderlas y atacarlas en cuanto parcialidades de la totalidad que conforman.»

En la búsqueda de la totalidad, de la crítica a todas las separaciones, nos encontramos con el mercado, con el valor en desarrollo, con el individuo aislado comprador y vendedor de mercancías, con la destrucción de la comunidad y la desposesión de la enorme mayoría de seres humanos.

Cuando hablamos de enajenación no hablamos simplemente de que somos separados de nuestros medios de vida, hablamos de todo un proceso histórico mediante el cual llegamos al punto en que **nuestra propia existencia se nos presenta como ajena**, en una sociedad donde el objetivo no son ni las personas, ni tampoco las cosas, sino la producción por la producción misma, la valorización del Capital. Es todo un orden social que se nos presenta como ajeno e, inevitablemente inmersos en él, debemos enfrentarlo como tal.

En este número de CUADERNOS comenzaremos con un poco de historia, indagando en los orígenes del capitalismo y atacando algunos mitos al respecto. Luego daremos continuidad a la crítica del dinero, del Capital como sujeto y fin último de la producción y reproducción de la sociedad, del fetichismo y la enajenación como la instrumentalización del mundo y todos los que habitamos en él.

1 Ya hemos reflexionado en CUADERNOS 9: *Contra la economicización de la vida*, acerca del posible riesgo y supuesta desviación economicista que esto supone para muchos. Ver el apartado *¿Economicismo?*

EL CAPITALISMO

Nos introducimos en este nuevo CUADERNOS con el siguiente artículo de la Revista *Racaille* nro. 1, de la región española, que sintetiza algunos elementos fundamentales para la comprensión del capitalismo en su actualidad y devenir histórico, la necesidad de su supresión y los principales límites que el Capital busca poner a nuestras luchas.

1. El capitalismo hunde sus raíces en la disolución de la comunidad primitiva, en la aparición de la mercancía (y más concretamente del valor) como resultado de la consolidación del intercambio de ciertos productos y por tanto la creciente producción para las necesidades, no humanas, sino del intercambio. Este acontecimiento se va desarrollando, subsumiendo cada vez más aspectos y elementos, conduciendo a las comunidades primitivas a su ocaso, abriendo paso a una época oscura marcada por el desarrollo del valor con la consecuente aparición de las clases y el Estado.

2. El capitalismo es el corolario de todo el desarrollo histórico de la mercancía, la conformación del mercado mundial, del sometimiento de todo lo que hay sobre el planeta a la lógica de la dictadura del valor, de la tiranía de la economía. Un corolario al que se llega con sangre y fuego, tras siglos de luchas y resistencias en las diversas sociedades de clases (esclavitud, feudalismo...). Su resultado a nivel global es la separación brutal del ser humano de todos sus medios de vida, de la privación de la tierra y de todos los elementos que en ella existen que son acumulados como capital en manos de la burguesía.

Por otro lado, toda esa otra acumulación de la desposesión, de privación, conforma una clase social empujada a luchar, a organizarse, a desarrollar su contraposición radical al capitalismo, como única alternativa para no perecer: hablamos del proletariado.

3. El capitalismo no es otra cosa que una imparable carrera para la valorización del valor, para acumular capital.

Para valorizarse, el capital se ve forzado a asumir diversas formas, pero ante todo a adentrarse en el proceso de producción, donde se encuentra la fuente de su existencia: el trabajo asalariado. De las entrañas de ese tenebroso proceso, mediante su propio desdoblamiento en capital constante (materias primas, maquinaria) y capital variable (fuerza de trabajo), surge el plusvalor, la base material de la ganancia como resultado del intercambio del trabajo muerto por el trabajo vivo. La contradicción que atormenta al capital desde su origen, y que solo el proletariado puede llevar hasta sus últimas consecuencias, es que la propia dinámica de la valorización utiliza medios que acaban creando siempre una desvalorización. Las medidas que contrarrestan esta contradicción (aumentar el grado y la intensidad de la explotación, multiplicar el capital ficticio...), no hacen sino agravarlas a mediano plazo y lo que es más impor-

tante, espolpear al proletariado a organizarse para tumbar esta sociedad.

4. Quienes comprenden el capitalismo, sea como una esfera particular de la sociedad sometida a ciertas leyes separadas de las otras, por ejemplo la económica, sea como un modo de gestión, o como una política particular, no solo falsifican la esencia de esta sociedad sino también su supresión revolucionaria. Efectivamente, el capitalismo solo puede ser comprendido bajo su esencia universal y totalizadora que se ha apoderado del mundo, de todo cuanto en él sucede, mercantilizando todas las relaciones sociales, impidiendo cualquier otra comunidad que no sea su propia comunidad de muerte: la comunidad del capital.

Incapacitados de entender el capital en sus múltiples determinaciones y formas de manifestarse (mercancía, dinero, trabajo asalariado, medios de producción, burguesía, Estado, relación social, sujeto histórico...) todas estas corrientes, por muy radicales que se presenten, acaban manifestándose como fuerzas de conservación del capital y no de su destrucción. Algunos quieren destruir el dinero conservando la podrida mercancía, otros acabar con la explotación enarbolando la bandera del trabajo, también hay quienes quieren abolir el Estado a golpes de democracia, quien piensa acabar con el racismo o el patriarcado aislándolo de la totalidad de la que emergen, o quien se cree que vive al margen del capitalismo por irse al "monte" con un taparrabos... Es decir, echan a patadas por la puerta a su enemigo sin percibir que regresa por la ventana. Y lo que es peor, se transforman en ideología, difundiéndola a gritos por esa misma ventana, generalizándola y creando confusión entre los que luchan.

5. La incapacidad de entender el capitalismo está indisolublemente ligada a la incapacidad de entender el movimiento de su supresión, es decir el comunismo, así como la incapacidad de comprender el sujeto de ese movimiento, el proletariado. Pero esta incapacidad, como incapacidad generalizada, como ideología dominante (expresada fundamentalmente por la socialdemocracia) es uno de los productos más valiosos del capital. Si la mistificación reproducida por esta sociedad consigue incluso que los explotados vivan su propia explotación de una forma tan natural como la fecundación entre el espermatozoide y el óvulo que da origen a la vida, el círculo se cierra cuando consigue que la ruptura de esa mistificación —es decir, cuando los explotados se lanzan a reventar sus cadenas— se cambie por otra, a saber, que el comunismo es el capitalismo con banderas rojas, hoces y martillos.

Bajo esta mistificación, por comunismo, por revolución, se entiende cualquier cosa menos lo que realmente es: el movimiento de supresión y superación de las condiciones existentes. No debe extrañarnos entonces que por comunismo se comprenda a la sumo la reforma de lo existente, preservando el trabajo asalariado, el dinero, el

Estado, la explotación, las clases, es decir, la preservación de la sociedad capitalista. De la misma forma que no debe extrañarnos la cantidad de falsificaciones que hay en torno a la esencia del proletariado.

Toda esta mistificación es el producto máspreciado del proceso de producción, así se consolida la socialdemocracia desplegando todas sus variantes ideológicas indispensables para el mantenimiento del orden burgués. Se habla de tomar el poder del Estado para aplicar políticas socialistas, de gestión obrera, de autogestión, de contrapoder, de cambiar el mundo sin insurrección y toda una serie de concepciones que niegan los elementos más fundamentales del comunismo y de la revolución social.

6. Afirmar y enfrentarse al capitalismo como una totalidad, asumir la crítica unitaria de este mundo basado en la explotación *del hombre por el hombre*, reconocerse como una clase mundial con las mismas penurias y los mismos intereses y, sobre todo y consecuentemente con ello, asumir la organización de nuestra clase para abolir el capitalismo, abolir su condición de clase y todas las clases existentes.

«HABÍA UNA VEZ...»

«El pensamiento de la historia no puede ser salvado más que transformándose en pensamiento práctico; y la práctica del proletariado como clase revolucionaria no puede ser menos que la conciencia histórica operando sobre la totalidad de su mundo.» (Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*)

La crítica de la economización y enajenación de nuestras vidas bajo el Capital nos empujó inevitablemente sobre los rastros de su historia, hacia la búsqueda de sus orígenes.

Sabemos, sin embargo, que el capitalismo es resultado y realización total de la historia, pero solo en tanto historia de las sociedades de clase. Entonces, cuando hablamos de historia no nos referimos a la historia como disciplina científica, aquel reino sagrado de algunos especialistas separados entre sí por discusiones y competencias, y mucho menos a la historia construida por los más variados falsificadores de izquierda. Como otras veces, debemos tomar con precaución lo producido por las ciencias e ideologías del Capital e intentar reconstruir, con ayuda de los análisis más afilados, de los documentos y registros históricos aportados por otros compañeros, la historia de nuestro enemigo histórico, así como la de nuestra clase. Pensamos con Debord que «lo cuantitativo que surge en el desarrollo ciego de las fuerzas productivas simplemente económicas debe cambiarse por la apropiación histórica cualitativa.» Esto es lo que distingue el esfuerzo de muchos compañeros por recuperar nuestra historia de lucha contra el Capital

de los estudios académicos que solo buscan triunfar en lo suyo y cuyas motivaciones dicen ser “neutrales” (por no decir económicas).

Indagar acerca del origen de las sociedades de clase, del valor, del dinero y del Capital, nos recuerda algo fundamental: **¡No existieron siempre! Y lo que tiene un principio, tiene un final.** Vivimos en una época de pleno desarrollo de esa monstruosidad histórica que es la sociedad burguesa, que amenaza cada vez más la vida misma. **La revolución como necesidad inmediata nunca ha sido más evidente** y poco a poco esa verdad deberá convertirse en fuerza material si no queremos sucumbir.

Deshacernos de los mitos más vulgares y asentados en nosotros fue el primer paso.² La duda se impuso ante el famoso cuento de que frente al tenebroso y oscuro mundo medieval se alzó, de la mano de los avances científicos, tecnológicos y políticos, de la razón iluminada,³ un novedoso sistema fruto de la industria y del suelo europeo.

La ideología dominante se basa principalmente en fragmentar la realidad para su interpretación. Así, dependiendo del objeto de estudio, de la parcialidad elegida, podemos encontrarnos con diversas interpretaciones acerca del capitalismo y sus orígenes históricos, que los ligan con el desarrollo industrial, el expansionismo europeo, la organización del trabajo o la ciencia y la técnica, entre otros.

Comencemos por una de ellas. **Si bien el capitalismo introduce y requiere de elementos técnicos novedosos para su desarrollo, su existencia precede por mucho a la época denominada Revolución Industrial.** El desarrollo industrial posibilita, sin lugar a dudas, la masiva producción de mercancías, así como, la mercantilización de cada vez más aspectos de la vida es inseparable de ese desarrollo.

Pero lo que se presenta muchas veces como el origen (gran industria y tecnificación) no es más que el resultado de siglos de desarrollo de la sociedad capitalista con todas las letras. Debemos volver a la definición más básica del Capital como relación social: de explotación, de enajena-

2 Si bien la intención con los textos siguientes es profundizar acerca de los orígenes del Capital, no lo haremos de manera cronológica desde los remotos tiempos de las comunidades primitivas hasta la actualidad, sino que preferimos exponerlo de manera similar a cómo esta problemática fue siendo discutida por quienes realizamos los CUADERNOS. Por eso, en el orden de exposición, partiremos de las mitificaciones más comunes y más cercanas en el tiempo, acerca del surgimiento del capitalismo, indagando hacia atrás en la historia. A su vez, debido a la inmensidad de la historia y del mundo, nuestra intención con estas pocas páginas es poner en circulación algunos elementos del desarrollo del capitalismo que consideramos fundamentales.

3 Estas críticas se han desarrollado en nros. anteriores y la dimensión de la razón capitalista fue especialmente abordada en CUADERNOS DE NEGACIÓN nro.8: *Crítica de la razón capitalista*, cuya lectura recomendamos a quienes les interese profundizar en el tema.

ción, de cosificación, de subordinación de la producción y reproducción social a la valorización del valor en total contraposición a las necesidades humanas. **La gran industria y la tecnificación del planeta no son más que el resultado de esa relación social desarrollada al extremo.**

Existe un ejemplo muy significativo para comprender este sesgo industrialista y es el del concepto de fábrica social del autonomismo italiano. Según sus autores, en la década del 70, el Capital habría roto las fronteras de la fábrica para salir a subsumir la sociedad en su conjunto y así toda la sociedad se habría convertido en una fábrica ya que la reproducción social en su totalidad, y no solo la producción, de ahí en adelante estaría subsumida en el Capital.

Este tipo de visiones evidencia la incompreensión histórica del Capital como relación social que desde sus orígenes subsume a la vida en su conjunto, y no solo al proceso productivo, y que termina por invertir la realidad: no serían las relaciones sociales capitalistas en desarrollo las que se van volcando hacia la industria, sino que la industria como germen del Capital se volcaría luego hacia la reproducción social (y dicho sea de paso, en el momento y en el lugar que a estos intelectuales les tocó vivir).

¡Cómo no comprender la Revolución Industrial como un producto del capitalismo, de la constante transformación de las relaciones de producción y las fuerzas productivas en la carrera insaciable por la ganancia! Nos parece de suma importancia romper con estas concepciones formalistas del Capital, europeístas y fabriles, sesgadas por el proceso de producción inmediato (el proceso de trabajo propiamente dicho), no pudiendo ver el proceso de producción y reproducción de la sociedad en su conjunto. No se puede partir de una parte, de un momento aislado, para comprender la totalidad histórica.

Si bien nuestro punto de vista busca ser total, no podemos exponerlo más que por partes. Tratamos de abordar, en este primer apartado, cómo el Capital se va apropiando y modificando los procesos de producción pre-existentes y actividades productivas (que incluso en algunos casos ni siquiera se los podría considerar trabajo)⁴ hasta el desarrollo del Capital industrial. Sin perder de vista que este proceso es inseparable de la creación del trabajador mismo, que antes no necesitaba trabajar ni ir al mercado para satisfacer sus necesidades. Sobre esta desapropiación y *acumulación originaria* profundizaremos en los apartados siguientes para centrarnos ahora en la cuestión del proceso de trabajo.

Como decíamos, el Capital, en su desarrollo histórico, fue absorbiendo y utilizando para sí procesos de producción ya existentes, como los pertenecientes al trabajo

4 Para profundizar acerca de la contraposición entre actividad humana y trabajo ver CUADERNOS DE NEGACIÓN nro.3 *Contra la sociedad mercantil generalizada*.

artesanal, la agricultura a pequeña escala o, incluso, procesos de trabajo propios de explotaciones esclavistas. Este es uno de los procesos originarios del capitalismo que le da vida e impulso y que se denomina *proceso de subsunción* del trabajo en el Capital.

Muchos procesos productivos no cambiaron durante extensos períodos, sino que lo que cambió fue la relación entre el trabajador y quien se apropió del producto de su trabajo, así como en otros casos un productor que antes trabajaba para sí mismo y su comunidad, tuvo que pasar a trabajar para otro.

Lo que buscamos con todas estas precisiones, es poder entender el arduo proceso de gestión del Capital, con mayúscula, que sabemos no nace de un día para el otro y sobre todo que no nace con la primera fábrica. Porque es durante el proceso de subsunción *formal* que esbozamos aquí, que el Capital se constituye apropiándose de los trabajos que encuentra, transformándolos “formalmente”, haciéndolos suyos, extendiendo e intensificando, para luego coronar su éxito con transformaciones cualitativas de los mismos, eso que se dio en llamar, subsunción *real* del trabajo en el Capital.

Podemos acercarnos a la comprensión del proceso de subsunción con un ejemplo que, justamente, está muy lejos de la flamante industria inglesa del siglo XVIII y del suelo europeo. Por supuesto, todas estas experiencias están zurcidas por el hilo de la historia; la conquista y colonización americana fue, como veremos más adelante, el resultado de una búsqueda por dinamizar la circulación de mercancías por vía marítima, a partir de una red de intercambios de larga data en el resto de los continentes. **Lo que se puso en marcha a partir de la colonización de América, en este caso, en el área andina, fue una muestra más de la tendencia intrínseca del capitalismo a apropiarse de las condiciones existentes de trabajo y producción hasta hacerlas suyas y transformarlas según sus necesidades de valorización infinita.**

En esta región, a partir de 1545 comenzó la explotación de uno de los que constituirían los motores económicos de la corona española: las minas de Potosí. Una vez que los españoles vencieron a los pueblos originarios durante la sangrienta etapa de conquista, se declararon dueños y señores de sus tierras y fuentes de subsistencia. Las minas del Cerro Rico no fueron la excepción. Durante la primera etapa de explotación, los hispánicos cedieron la tarea a los llamados *indios vara*, quienes se convirtieron en los encargados del proceso de trabajo en la mina, incluso de la fuerza de trabajo que les asignaban los nuevos señores, es decir, que no eran más que los indios que se hallaban dentro de los límites de sus propiedades. Los indios vara poseían ya una gran experiencia en el proceso de extracción y purificación de los metales preciosos debido a los servicios prestados anteriormente a los Incas en las minas

de Porco. En un comienzo, entre los años 1545 y 1550 aproximadamente, los indios vara pudieron trabajar individualmente, pagando a los dueños de las minas una renta en función de la cantidad de mineral rico extraído, conservando un excedente para sí. Las técnicas de extracción y molienda que se utilizaron durante los primeros veinticinco años fueron prácticamente las mismas que las aplicadas por los Incas en la época prehispánica. Así, hasta 1572, la molienda se efectuó con la ayuda del *quimbalete*, una roca en forma de medialuna, llamada así por los españoles, que mediante su movimiento trituraba el mineral. De la misma manera, frente a la tentativa fallida de introducir hornos a fuelles, se continuaron utilizando las *guairas*, como explica un español sorprendido: «En este Potosí, aunque por mucho se ha procurado, jamás se han podido salir con ello: la reciura del metal parece que lo causa, o algún otro misterio: porque grandes maestros han intentado sacar con fuelles, y no ha prestado nada su diligencia. Y al fin como para todas las cosas pueden hallar los hombres en esta vida remedio, no les faltó para sacar esta plata con una invención la más extraña del mundo, y es que antiguamente como los Incas fueron tan ingeniosos, en algunas partes que les sacaban plata (...) para aprovecharse del metal hacían unas formas de barro, del talle y manera que en un albahaquero en España: teniendo por muchas partes algunos agujeros y respiraderos. En estos tales ponían carbón y el metal encima, y puestos por los cerros o laderas donde el viento tenía más fuerza, sacaban de él la plata (...). Y de noche hay tantas por todos los campos y collados que parecen luminarias. Y en tiempo que hace viento recio, se saca plata en cantidad: cuando el viento falta, por ninguna manera pueden sacar ninguna. De manera que así como el viento es provecho para navegar por el mar, lo es en este lugar para sacar la plata.» (Pedro Cieza de León, en su visita a Potosí en 1549). Hacia 1570 había más de seis mil guairas en Potosí, de cuyo procedimiento se obtenía una mezcla compleja que debía purificarse en hornos (también incaicos) a fin de recuperar la plata. Esta primera etapa se inicia con un marcado aumento de toneladas de plata extraídas (sobrepasando las 80 toneladas en 1550), para recaer durante los siguientes quince años, llegando en 1570 a un nivel de 30 toneladas anuales. Hasta aquí vemos cómo, solo en el aspecto más técnico, el Capital aumenta la producción de mercancías, se autovaloriza, a partir del proceso de trabajo ya existente.

Comienza luego una segunda etapa, entre 1572 y 1585, en la cual la producción anual de plata se ve multiplicada por siete u ocho, gracias al cambio radical introducido en el panorama técnico. A partir de la implantación del sistema de amalgamación en 1572, no solo se dieron transformaciones en el tratamiento del mineral sino también en la organización del trabajo. Este sistema condujo al establecimiento de verdaderas unidades de tratamiento

de metales: los ingenios. Estas unidades serían dirigidas por un azoguero, en la mayoría de los casos mestizo o español, propietario o arrendatario del ingenio. Por otra parte, esta innovación técnica requirió de una molienda muy fina del mineral, por lo cual, los quimbaletes fueron reemplazados por molinos de almadenetas. La edificación de los ingenios con sus respectivos molinos, fue otorgando a la Villa de Potosí una apariencia muy particular: el de un emplazamiento industrial. Una vez que el mineral era molido y tamizado, se transportaba al patio, lugar donde era separado en cajones y dispuesto para la amalgama de mercurio y plata, cuyo resultado era purificado para conseguir finalmente la plata.

Paralelamente, a partir de 1572, el virrey Toledo, organizó el sistema de la *mita*, que, heredera de las prácticas iniciales gestionadas por los indios vara, hacía pensar igualmente por su carácter sistemático y centralizado en la mita incaica.

La mita fue un sistema de distribución y aprovechamiento de mano de obra prehispánico que funcionaba por tandas y por períodos de tiempo según los cuales, un porcentaje de hombres salían de sus comunidades para ejercer un trabajo temporario, no solo en minas, sino también en campos y ciudades, de acuerdo a los requerimientos del sistema de tributo incaico primero, y de los funcionarios reales o encomenderos particulares después.

La utilización de la mita a partir de 1572 por parte de los colonizadores europeos aumentó e intensificó la explotación de diversas maneras. Por un lado, incrementó la cantidad de hombres reclutados que debían separarse de sus comunidades junto a su núcleo familiar más cercano, desarticulando así el ritmo agrícola y comunitario de las poblaciones. De alrededor de 9.000 mitayos en 1573, se pasó a más de 14.000 en 1578. Durante este mismo año fueron fijados los jornales, obligatoriamente pagados en moneda. Por otro lado, a medida que la población indígena declinaba, justamente por la explotación a la que era sometida, la carga de trabajo se abultó debido a que el turno de un trabajador en la mita volvía a repetirse uno de cada dos años, cuando en el período incaico, estaba previsto cada siete. Esto evidentemente contribuyó a la despoblación al provocar la huida de las personas de las provincias en las que se realizaban las levas (reclutamientos para la mita). Por último, a pesar de que la normativa establecida por Toledo estipulaba una jornada de trabajo de sol a sol, los propietarios de las minas forzaron a los mitayos a extraer y acarrear mineral de acuerdo a una cuota elevada, escatimando cada vez más el descanso y la comida.

A la intensificación del trabajo y la incorporación de los indígenas a un nuevo mercado de trabajo y de salarios en moneda, se sumó la venta de las tierras de las comunidades. La mita concentró y dispersó a la vez a las familias provenientes de distintos *ayllus* (organización comunitaria básica

de los indígenas andinos), quienes se dirigían a Potosí para trabajar en las minas y luego escapaban a esta forma de explotación, quedando librados al aprovechamiento de otros encomenderos y hacendados españoles, desgranando sus comunidades de origen.

Sobre la base de la subsunción formal del proceso de trabajo, en la cual este se mantiene prácticamente igual, modificándose empero las relaciones de producción, el trabajo va tomando la forma de trabajo asalariado y la producción en general la forma de mercancía.

Alrededor de este centro de producción minera, de hecho, se fue creando no solo lo que fue descrito como uno de los mercados más importantes del mundo en ese período, el *ccatu*, sino también una especialización regional del trabajo, una mercantilización de la producción agraria y una intensificación de la circulación interna de mercancías sin precedentes. Hacia principios del siglo XVII, la Villa Imperial de Potosí, contaba con 160.000 habitantes, convirtiéndose en la ciudad más importante de la América colonial. Los procesos de trabajo, dijimos, son en principio los mismos, entonces la única manera que el Capital tiene de extraer más valor de esos procesos de trabajo es aumentando la duración e intensidad de la carga laboral, como ocurrió durante la primera etapa de explotación del Cerro Rico (subsunción formal).

Cuando el Capital en su necesidad de desarrollo y reproducción constante comienza a transformar el proceso de trabajo según sus propias necesidades, aumentando la fuerza productiva del trabajo principalmente por medio de introducción de maquinarias y de innovaciones técnicas en el proceso laboral, se produce lo que se denomina subsunción real del proceso de trabajo en el Capital.

Que el proceso de trabajo se encuentre subsumido en el Capital significa que el Capital ha hecho de la actividad humana una actividad en función de sus propios intereses: su valorización. A medida que el Capital históricamente ha ido apropiándose del trabajo ajeno, despojando en este mismo proceso al trabajador de sus medios de subsistencia y de vida, ha ido modificando esta actividad, la ha ido transformando en su justa medida. Lo específico en cuanto al modo de producción en general es la transformación de las relaciones de producción y reproducción de la sociedad, que hace su entrada definitiva con la subsunción formal del trabajo en el Capital, pero que se fue desarrollando durante muchos siglos en las formas que prefiguran al Capital y las diferentes determinaciones del dinero.⁵

Con la subsunción formal, aunque los medios de producción en apariencia permanezcan exactamente iguales,

5 Sobre el capital comercial y usurario, como formas que prefiguran el Capital, ver el apartado siguiente. De las diferentes determinaciones del dinero hemos tratado de realizar una síntesis en el apartado *El mito del trueque* en CUADERNOS DE NEGACIÓN nro.9.

ellos mismos ya se contraponen al ser humano, ya se escinden como antagónicos al productor, ya no son un medio de vida para el productor sino lo inverso. Aunque se asocie, más generalmente, el fetichismo de la mercancía y la alienación con la subsunción real, **es con la subsunción formal, con la separación de las condiciones objetivas de producción del productor, que se genera la cosificación más esencial de las relaciones sociales y el Capital se va constituyendo en sujeto de la sociedad.** La transformación de la sociedad, el trastocamiento de toda la vida humana en todos los aspectos, la enajenación, se encuentran en esta separación aunque evidentemente se irá profundizando, desarrollando. La subsunción real no es más que el desarrollo del proceso de producción del Capital sobre esa base.

Otro ejemplo, más clásico, para entender el proceso de subsunción del trabajo, es aquel que Karl Marx retomó para su análisis en el capítulo VI inédito de *El Capital*.

La manufactura urbana de la Edad Media europea, caracterizada sobre todo por la producción en talleres de artesanos, habría de atravesar por una transición en la que la relación entre capitalista y asalariado iría reemplazando a la que mediaba entre el maestro gremial y sus oficiales y aprendices. Esta no estaba basada en el vínculo del artesano en tanto capitalista, sino en tanto maestro, quien únicamente podía convertir su dinero en capital dentro de su oficio. Por lo tanto, su capital no se enfrentaba a los trabajadores como Capital, este estaba ligado todavía a un determinado trabajo concreto y sus métodos, fundados en la experiencia y preceptuados por la corporación, tenían como objetivo final el valor de uso del trabajo.

Todavía, en este contexto, ni el valor de cambio ni la sed de enriquecimiento eran el fin de la explotación de trabajo ajeno por parte del dueño del taller, era más bien una existencia que concordaba con la posición del artesano en esa sociedad. Por esa misma razón existían aún múltiples limitaciones a la producción, tanto las corporativas como aquellas que la ajustaban al consumo previamente existente (por encargo), es decir, la mercancía se producía en vistas a la venta pero para ser expulsada inmediatamente de la circulación y consumida por el comprador (lo que más adelante describiremos como el ciclo M–D–M’).

A medida que la relación capitalista se fue afianzando, en cambio, fueron desapareciendo esas limitaciones junto a las ataduras político–sociales dentro de las cuales aún se movía el capital y donde, por consiguiente, todavía no aparecía como Capital.

«La simple transformación formal del taller artesanal en empresa capitalista —en la cual al comienzo el proceso tecnológico todavía se mantiene igual— consiste en la supresión de todas esas limitaciones, con lo cual también se modifica la relación de hegemonía y subordinación. El maestro ahora ya no es capitalista por ser maestro, sino

maestro por ser capitalista. La barrera a su producción ya no está condicionada por la limitación a su capital. El capital (dinero) puede intercambiarse a voluntad por cualquier tipo de trabajo y, en consecuencia, de condiciones de trabajo.» (Karl Marx, *Capítulo VI inédito*).

El corazón del capitalismo no se halla en la industria, sino en la subsunción de la humanidad en la reproducción del valor, es el corazón de un mundo sin corazón. La industria es una de las formas más óptimas que el Capital en desarrollo impulsó en un determinado momento histórico y social para explotarnos y ahí reside su razón de ser. **La industria no se gesta para satisfacer más necesidades sino para explotarnos más.**

UN MUNDO SIN CORAZÓN

Así como la historia del nacimiento del capitalismo suele verse como la historia de la industrialización, también se la piensa como una historia europea. Se tiende, como siempre, a parcializar, a ver las diferencias y a separar a Europa del resto del mundo, para volver a unirlos bajo el expansionismo y colonialismo europeo que sometió a muchas regiones a sus intereses. Lo que ocurre en el resto del mundo se ve totalmente asociado a la acción de los capitales europeos. Y esta visión es favorecida por el rol que algunas potencias de Europa desplegaron en sus conquistas en África, América y Asia. Pero, indagando en la historia mundial, vemos que lo que realizan estos Estados occidentales está asociado a sus relaciones mercantiles con el resto del mundo y que, incluso en plena conquista, no eran para nada los dominadores del mundo sino que estaban sometidos a las necesidades de un mercado mundial creciente, donde existían otros centros de comercialización, producción y acumulación muy desarrollados a través de complejos métodos tecnológicos, financieros y militares.

El Capital no se desarrolló primero en un continente y luego se trasladó a los otros, sino que, muy por el contrario, en todos los continentes se desarrollaron polos (*intersticios*) —con todas las características del Capital— muchos siglos antes del dominio de las potencias europeas. Insistimos, cuando nos referimos a las características de la producción capitalista no nos remitimos únicamente al proceso de trabajo y producción particulares, sino a la subordinación general de la producción al intercambio, a la acumulación, su subordinación al dinero. Mientras diversas formas de sociedad persistían e intercambiaban marginalmente (solo una parte de su producción, en sus márgenes geográficos y cambiando una cosa por otra, calidad por calidad), en estos centros se concentra y dinamiza el mercado y la producción se subordina a este. En dichos polos, no se produce ni se cambia para obtener calidades diferentes sino para obtener cantidades mayores de dinero. El dine-

ro pasa a convertirse en el fin último de la producción y reproducción social, el individuo aislado se constituye y el mercado se fortalece como el mediador por excelencia entre los seres humanos. El dinero pasa a ser la verdadera comunidad de los seres humanos.

Por lo menos seis siglos antes de la revolución industrial, en China millones de trabajadores de los alrededores de la ciudad de Sian recibían un salario por la producción de seda. Este proceso de producción contaba ya con una compleja organización y división del trabajo, que abarcaba desde el cultivo de las moreras, el desarrollo de los gusanos de la seda, el hilado del fino material de los capullos, hasta el tejido, la tintura de las telas, la confección de vestidos y otras mercancías y, finalmente, su comercialización no solo en el continente asiático sino en el africano y europeo. Otra de las ramas productivas era la confección de utensilios de cocina, instrumentos para la comida y adornos de porcelana (valga el comentario de que porcelana en Inglaterra se conoce como *china*). En la región cercana a las ciudades Changchou y Fuchou, estos procesos necesitaban también de millones de trabajadores ocupados en las minas de arcillas especiales, en la confección de objetos artesanales, pintados con ligeros pinceles, cocidos en refinados hornos y, por último, en el proceso del embalaje y comercialización. Este último se daba, en aquel momento, por rutas navieras y terrestres, en caravanas de camellos y naos, que terminaban en los puertos y ciudades comerciales del continente asiático, del mundo islámico, de África y Europa, para la satisfacción de la nobleza y de las clases dominantes de aquellas regiones.⁶

«Económicamente, la mayor parte de Europa estuvo, hasta quizás la Alta Edad Media, en la misma situación que África: conectada a la economía mundial, cuando lo estaba,

⁶ Tuvimos en cuenta, para este apartado, algunas explicaciones de Enrique Dussel, incluidas en su libro *16 tesis sobre economía política*. Como otras veces, no podemos dejar de mencionar nuestra crítica a este tipo de análisis e intelectuales. Para justificar que el capitalismo no surgió en Europa, Dussel termina por pararse en el extremo opuesto, afirmando que todo comenzó en China. Su posicionamiento coincide con la corriente, tan de moda hoy en algunos ámbitos, que busca hacer una crítica de la visión eurocentrista de la historia, pero no para criticar y atacar las bases mismas de esta sociedad sino para venir a reclamar la parte de responsabilidad que les corresponde a otras regiones en la tragedia que es el capitalismo. Estas falsas críticas no están interesadas en ir a la raíz del problema, sino en justificar que hubo otros centros que formaron parte de ese desarrollo y merecen, de una vez por todas, una mejor parte de la torta. No nos parece coincidencia alguna que, con el ascenso del BRICS, vayan apareciendo desarrollos teóricos con estas características. Nosotros no venimos a defender que China, India y ciertas regiones de Medio Oriente y del norte de África también son causantes del crecimiento del capitalismo, sino fundamentalmente que el capitalismo hunde sus raíces en el mercado mundial y que lo que precisamos es destruir el intercambio, nunca hacerlo más justo.

en el papel de exportadora de esclavos, materias primas y ocasionalmente mercancías exóticas (...) e importadora de bienes manufacturados (sedas y porcelanas de China, calicós de la India, acero árabe). Es más, durante la mayor parte de la Edad Media, el islam fue no solo el centro de la civilización occidental, sino su frontera en expansión, extendiéndose por África y por Europa, enviando misioneros y logrando conversos más allá del océano Índico» (David Graeber,⁷ *En deuda*).

«Europa nunca había producido mucho de nada que los asiáticos desearan comprar, de modo que se vio obligada a pagar en especies a cambio de sedas, especias, acero y otras importaciones. Los primeros años de expansión europea fueron en gran medida intentos de acceder, bien a lujos orientales, bien a nuevas fuentes de oro y plata con que pagarlos. En aquella temprana época, la Europa atlántica solo tenía una ventaja sustancial con respecto a sus rivales musulmanes: una activa y avanzada tradición de guerra marítima, afinada a lo largo de siglos de conflictos en el Mediterráneo» (David Graeber, *En deuda*). Entender la dependencia europea con respecto a la desarrollada producción manufacturera oriental permite entender posteriores fenómenos políticos, comerciales y económicos tales como la gran afluencia de oro y plata que, extraída del suelo americano, viajó directamente hacia China y, en menor medida, India. Tanto es así que si para ese entonces «China no hubiera tenido una economía tan dinámica como para absorber las ingentes cantidades de plata extraída del Nuevo Mundo a lo largo de tres siglos, las minas se habrían vuelto deficitarias en pocas décadas. La brutal

⁷ Reproducimos la nota del nro. anterior: «Advertiré el lector que David Graeber es citado algunas veces a lo largo del presente número. Considerando que, de ser un simple académico con tendencias libertarias, se ha convertido en quizás, la más escuchada de las voces anarquistas en la actualidad, entendemos necesario escribir unas líneas al respecto. Cuando leímos a Graeber por primera vez, nos atrajo la cantidad de datos inéditos acerca de algunos períodos históricos relativamente poco analizados desde una perspectiva materialista. Nos resultó interesante, además, su alejamiento de la tendencia, dominante en la academia, que restringe el origen del capitalismo, estrictamente, al continente europeo, acercándose en cambio a una visión de una transformación cualitativa a escala mundial. No obstante, este autor comete, a lo largo de su amplia obra, numerosas concesiones al democratismo, así como un sinfín de confusiones relativas a la crítica de la economía. Además, su figura militante, ha asumido aspectos cada vez más peligrosos, realizando, por ejemplo, un llamamiento a los anarquistas a comprometerse en el apoyo del Estado kurdo (aunque algunos de sus defensores quieran disfrazarlo de otra cosa), en el actual conflicto en la región de Irak y Siria.» Aprovechamos para sugerir materiales en español que profundizan sobre dicho conflicto y que pueden encontrarse en la web: Gillés Dauve, *¿Kurdistán?*; otro del Boletín La Oveja Negra, *¿Revolución en Rojava?* Y, por último, uno realizado por Proletarios Internacionalistas, *Guerra social y telaraña imperialista en Siria*.

SUBSUNCIÓN

A lo largo de los diferentes números de CUADERNOS, hemos usado el concepto de subsunción para referirnos a cómo el Capital ha ido apropiándose e integrando a su propia dinámica diversos aspectos de la vida social, modificándolos totalmente. También hemos hecho alusión a la subsunción de modos de producción anteriores en el Capital, para explicar de qué manera el Capital conserva y utiliza ciertas formas de explotación, como la esclavitud, pero totalmente integradas en la producción mercantil. No se puede hablar de coexistencia de modos de producción sino de incorporación al modo de producción capitalista de algunas formas de explotación que caracterizaban a modos de producción previos.

Cuando hablamos acerca del desarrollo histórico del valor, insistimos, no estamos hablando simplemente de capitalismo, sino de miles de años a través de los cuales el valor, en sus diferentes determinaciones, fue imponiéndose sobre la humanidad totalizando su dominio sobre la producción y reproducción de la sociedad. Cuando hablamos de subsunción de la humanidad en el Capital, estamos evocando entonces este largo proceso y no simplemente los últimos siglos de sociedad estrictamente capitalista.

Decir esto puede resultar confuso o problemático ya que, si nos atenemos a la rigurosidad del término subsunción, podría interpretarse que no hay alternativa posible al Capital, que toda la sociedad, y el proletariado en particular —que es su único posible enterrador y la clase que, al contrario de la burguesa, sufre todas las miserias de esa subsunción— están totalmente integrados en el Capital, son el Capital. Sin embargo, no olvidemos que no hay nada externo a la propia dinámica del Capital que vaya a socavar sus bases. **Si nos enfrentamos al Capital es precisamente por hallarnos subsumidos en él. La revolución parte de la necesidad de romper con esta realidad, no de una realidad paralela.**

Podríamos incluso pensar que las luchas y revueltas del proletariado, subsumido en el Capital, no tendrían otro destino que reformarlo y seguir reproduciéndolo. De hecho este riesgo existe y sabemos que aún fuertes movimientos de contraposición fueron neutralizados y reabsorbidos. Pero **hay una diferencia fundamental entre sumisión a la subsunción y lucha contra esta.** Mientras la primera la afirma, la segunda pelea por negarla. Así, muchas expresiones de lucha han significado rupturas, concreción de posiciones revolucionarias y críticas radicales que se han ido afilando contra este orden social. Rupturas que no han surgido sino de las entrañas de esta sociedad, de la propia subsunción de los proletarios que, negándola en actos, en la tentativa de darle muerte, se enfrentaron al Capital y al Estado.

No hay un adentro y un afuera, estamos todos adentro y algunos con más decisión que otros hemos asumido la necesidad de salir de una vez por todas. No obstante, no podremos salir nunca como movimiento alternativo, como individuos rebeldes, ideologizados y creyéndonos al margen de todo. Este tipo de confusiones, por el contrario, contribuyen a afirmar y reproducir la subsunción y el orden capitalista. **Si salimos es como clase revolucionaria, destruyendo las clases sociales, emancipándonos como humanidad.**

La subsunción del trabajo en el Capital es, como veremos, la manera en que el Capital ha hecho suyo hasta el más recóndito aspecto de la reproducción social.

A medida que el Capital históricamente ha ido apropiándose del trabajo ajeno, separando en este mismo proceso al trabajador de sus medios de subsistencia y de producción, ha ido transformando esta actividad a su medida. La subsunción del proceso de trabajo en el proceso de valorización del Capital es la consumación de la subsunción de la actividad humana en el Capital, borrando todo rastro de lo que podía quedar de humano en el trabajo.

En muchos casos se ha utilizado el término dominación como sinónimo de subsunción, no comprendiendo que el primero plantea las cosas como externas, pudiéndose entender, por ejemplo, que el Capital domina al trabajo y que, por lo tanto, este debería emanciparse de aquel. Pero el Capital no solo domina al trabajo ¡sino que lo incluye en su ser y lo hace Capital! Por lo tanto, no se trata de apropiarnos del trabajo y liberarlo del Capital.

Algunos compañeros sostienen que es incorrecto o problemático usar el concepto de subsunción con respecto al trabajo y a la humanidad, porque, como decíamos, el ser humano subsumido en el Capital no podría más que reproducirlo. Pero, para nosotros, tal problema no existe porque ambas son afirmaciones inseparables. **Si el ser humano se encuentra subsumido es en tanto trabajador. Solo puede emanciparse destruyendo el trabajo y, por tanto, el Capital.**

El proletariado es a la vez clase reproductora y clase negadora del Capital y, en la lucha de clases, se manifiestan ambos polos de la realidad proletaria. Cuando hablamos del polo del trabajo no estamos hablando más que de proletarios en tanto trabajadores, en tanto reproductores del Capital. El interés del trabajo es su mejor venta posible.

El proletariado puede anularse como fuerza revolucionaria, actuando como mero capital variable, defendiendo el trabajo y encuadrándose en la socialdemocracia; o puede luchar por superar el trabajo, como fuerza revolucionaria de la sociedad.

inflación de precios en Europa entre 1500 y 1640 señala una devaluación del metal, incluso con Asia absorbiendo gran parte del suministro» (David Graeber).

Permite comprender también ciertas motivaciones que varios siglos más tarde desataron las Guerras del Opio entre los imperios chino y británico. Se trata de otro ejemplo que ilustra el aceitado tráfico comercial impulsado por mercancías orientales (té, sedas y porcelana sobre todo), con alta demanda en el Reino Unido. A causa de este factor, entre otros, y de la baja demanda de mercancías británicas en China, los productos debían ser pagados con plata. Para contrarrestar este déficit comercial, el Reino Unido comenzó a exportar ilegalmente opio a China. Opio que se cultivaba en las regiones del Imperio Otomano, Persia e India y se vendía a cambio de las mercancías requeridas, que eran llevadas hacia la Costa Este de Estados Unidos y el Reino Unido.

Retrocediendo un poco más, el filósofo Dussel relata cómo, aproximadamente desde el siglo XII, existía una red de comercio que conectaba gran parte del mundo. La red que atravesaba los desiertos de Gobi y el Turquestán chino y las estepas al norte de Siria y del Mar Negro, llegando hasta Europa, conectaba grandes ciudades unidas por la Ruta de la seda, desde China hasta Samarkanda, Constantinopla o Venecia, con centro en Bagdad. Otras rutas navieras partían de China y llegaban al Golfo pérsico y al este del África. Antes que los turcos tomaran Bagdad, y que el Imperio otomano cortara las conexiones de la estepa asiática con Europa, estaban dadas ya las condiciones para un desarrollo cada vez mayor del capital mercantil en la región.

El capitalismo no surge en Europa y luego se exporta e impone al resto del mundo, sino que el capitalismo surge del intercambio y del mercado mundial, que se van desarrollando por miles de años, durante los cuales las sociedades de la región europea solo fueron un elemento más, mientras que numerosas regiones de China, medio Oriente y norte de África ejercieron, por mucho tiempo, un papel fundamental.

Las clases dominantes europeas, evidentemente, cumplieron un cometido decisivo en la inclusión del continente americano al mercado mundial y lo que quedó de sus habitantes, ya que barrieron al 90% de la población nativa.

¿Qué significa empero hablar de mercado mundial? No puede significar simplemente un intercambio entre diferentes regiones del mundo;⁸ **es principalmente la**

8 Tampoco pensamos que el concepto de mercado mundial signifique simplemente la inclusión de absolutamente todas las regiones del globo al intercambio mercantil. Situar su origen, por ejemplo, en 1492 no tendría sentido, porque hubo de transcurrir un largo período, luego de la conquista, hasta lograr una sistematización e integración definitiva de esa región al mercado mundial. Además, no nos interesa poner fecha a su origen,

tendencia hacia la materialización de un único equivalente universal para todas las mercancías y, por lo tanto, un movimiento hacia la abstracción de todos los procesos de trabajo concretos, hacia la producción y el desarrollo del valor como objetivo último de la producción. Una tendencia que paso a paso subsume en su dinámica a la totalidad de las geografías y los paisajes, de los agrupamientos humanos y las culturas, llegando a todos los confines y rincones de este mundo.

ACUMULACIÓN, COMERCIO, USURA Y DESPOSESIÓN

Jean Barrot, en *Capitalismo y Comunismo*, señala que desde la Antigüedad hasta fines de la Edad Media se manifestó una tendencia a la economía universal, en torno a los grandes centros. La destrucción de los imperios y el repliegue sobre sí mismos marcaron fracasos sucesivos de estos intentos. Sin embargo, esta tendencia no logró realizarse hasta el siglo XVI, cuando el sistema capitalista ya enraizado, engendró la infraestructura necesaria para una economía universal duradera. El comercio solo, o la producción mercantil simple, no podían proporcionar la estabilidad, la durabilidad que supone la socialización, la unificación del mundo. Por el contrario, la economía mercantil capitalista fue capaz de ello porque la producción de la que se adueñó el Capital le otorgó los medios. El Capital realizó, en efecto, una verdadera síntesis del cambio y de la producción.

Así, ejemplos como el del Imperio romano, nos muestran que sociedades con un alto desarrollo mercantil, y por lo tanto dinerario, se vieron declinar, no pudiendo dar un vuelco hacia la producción y “retrocediendo” a una economía de supervivencia.

A lo largo de la historia se sucedieron y sucumbieron sociedades con enormes acumulaciones de excedentes y riquezas, en diferentes partes del mundo, sin que dicha acumulación actuase como Capital. Lo decisivo no fue la acumulación en sí (el dinero como mero dinero), sino que el dinero comenzara a actuar como Capital. **El origen del Capital no reside simplemente en la acumulación dineraria y la compra de medios de trabajo, materias primas y fuerza de trabajo para ponerlas a producir, sino que consistió fundamentalmente en la disolución de las relaciones sociales de producción existentes, para subsumirlas y poder disponer de trabajo libre y medios de trabajo en el mercado.** Esa disolución no es más que la desposesión y hace a la acumulación originaria de las que hablábamos hace algunas páginas. El Capital oculta

sino captar la tendencia que significa el desarrollo del mercado mundial, a partir de la integración de diferentes regiones, desde mucho antes de la conquista de América, y que se termina de consolidar mucho después.

esto sistemáticamente, confundiendo las que son sus condiciones de existencia (libertad de compra y venta de mercancías) con sus verdaderos orígenes (brutalidad y desposesión).

«La producción de capitalistas y trabajadores asalariados es entonces un producto fundamental del proceso de valorización del capital. La economía usual, que solo tiene en vista las cosas producidas, se olvida de esto por completo.» (Karl Marx, *Grundrisse*)

Con estas preguntas y reflexiones no buscamos una linealidad o causalidad histórica, sabemos que esta tendencia no puede estar exenta de contradicciones y movimientos muchas veces confusos a nuestros ojos. Lo que pretendemos es poder entender cuáles han sido los precedentes históricos del desarrollo del comercio y la producción mercantil y, de este modo, saber cómo destruirlos en su totalidad, trascendiendo las parcialidades y apariencias del fenómeno.

Para comprender esta trascendental transformación del dinero en Capital, es necesario profundizar acerca de las dos formas fundamentales de patrimonio dinerario que comenzaron a prefigurar al Capital mismo y constituyeron sus principales palancas en el proceso de desposesión. Estamos hablando del capital mercantil y usurario, que Marx denominó como *formas prediluvianas del Capital*.

Todavía en el siglo XVII existía un vasto sistema de comercio que, como vimos, se extendía por todo el globo. Pero en ninguna parte, ni en los grandes centros de comercio de Europa, ni en las vastas redes mercantiles del mundo islámico o de Asia, la actividad económica y la producción, en particular, eran guiadas por los imperativos de competencia y acumulación. El principio dominante del comercio, en todas partes, era «comprar barato y vender caro».

El comercio internacional era, esencialmente, un comercio de transporte, en el cual los comerciantes compraban productos en una región para venderlos con beneficios en otra. Los altos costos de transporte solo hacían posible un comercio de mercancías de lujos y de guerra que, como tal, no traía en sí mismo el impulso de aumentar la productividad. Faltarían todavía muchos años hasta que el Capital se volcase de lleno a la transformación del proceso productivo y el desarrollo científico y tecnológico.

Aunque se pudiera comprar y vender toda suerte de cosas en el mercado, ni los propietarios campesinos que producían, ni los terratenientes y funcionarios públicos que se apropiaban de la producción de otros, dependían directamente del mercado para asegurar las condiciones de su autoreproducción, y las relaciones entre ellos no eran mediadas por este.⁹

9 Claro que en los centros de comercio y finanzas mundiales de los que hablábamos antes, esta transformación de las relaciones sociales, la dependencia del mercado, la propiedad privada, la desapropiación, así como el vuelco a la producción, se encon-

La usura, por su parte, constituiría uno de los resortes más poderosos para crear las premisas necesarias para el capital industrial, porque con ella se consiguió no solo crear un patrimonio—dinero independiente, acompañado del capital comercial, sino además apropiarse de las condiciones de trabajo, es decir, arruinar a los poseedores de las condiciones de trabajo antiguas a partir del constante endeudamiento hasta la desapropiación total.

Por lo tanto, mientras el capital comercial entrañó predominantemente una actividad mediadora, el usurario llevó siempre implícito el carácter del Capital que se reproduce a sí mismo, del valor que se valoriza, la producción de plusvalor.¹⁰

Antes de que el Capital se inmiscuyese en la producción, llevaba ya cientos de años desplegándose como capital comercial y usurario. **El capitalismo, como modo de producción general, es un fenómeno histórico** que resulta de la conquista de la producción efectuada por el capital comercial y usurario precisamente porque no tenían más posibilidades en el mercado mundial de continuar acumulando en base a las diferencias internacionales de valores (período en el cual hace su aparición un verdadero valor internacional de las mercancías) y está obligado a hacer pasar su ciclo de valorización por la producción. Esta es siempre una determinación del Capital que entra en contradicción con la valorización infinita a la que aspira, sin contar con todas las contradicciones sociales que la misma ocasiona. Este proceso histórico es inseparable de la subsunción formal y real del trabajo en el Capital y de la acumulación originaria.

Tal como veremos más adelante, está presente en el concepto mismo de Capital, en su génesis, que surja del dinero y, por lo tanto, del patrimonio que existe bajo la forma de dinero. Está allí igualmente presente que surja de la circulación de mercancías, que aparezca como producto de la circulación. La formación del Capital no proviene de la propiedad de la tierra ni de la corporación, sino sobre todo del patrimonio mercantil y usurario. Pero solo encuentra las condiciones para comprar trabajo libre una vez que este es separado de sus condiciones objetivas de existencia por el proceso histórico.

traba más avanzada. Pero una vez más, no es la industria la que dinamiza el mercado, sino al revés, el comercio dinamiza las relaciones de producción capitalistas y con ellas a la industria. De hecho la industria incipiente en estos centros estaba centrada en la producción naval y armamentística, así como en la fabricación de los instrumentos necesarios para el transporte de esclavos.

10 Hoy, cuando se insiste por todas partes en la responsabilidad del capital ficticio en las crisis y su desfase respecto de la “economía real”, se vuelve totalmente necesario profundizar en la crítica a las distintas determinaciones del Capital como un todo que solo busca la valorización infinita. No se puede condenar simplemente a la usura y al capital crediticio, del pasado y en la actualidad, sino criticarlo de manera inseparable con toda la producción mercantil.

Todo ese patrimonio de dinero acumulado durante siglos, no creó por sí solo los medios de subsistencia, ni los acumuló: tales medios ya estaban allí, eran consumidos y reproducidos antes de que se los consumiera y reprodujera por medio del dinero. **Lo que cambió no es otra cosa que el hecho de que los medios de subsistencia fueron arrojados al mercado de cambio, separados de su conexión inmediata con los productores y transformados en valores de cambio.** Lo mismo ocurrió con los instrumentos de trabajo. Lo propio del Capital no es otra cosa que el acoplamiento de las masas de cuerpos e instrumentos que él encuentra preexistentes (otra vez nos encontramos, ni más ni menos, que con el proceso de subsunción formal). Esa es su verdadera acumulación.

La ideología dominante pretende explicar los orígenes de esta antigua acumulación con una anécdota del pasado, cuando una minoría inteligente y ahorrativa acumuló toda la riqueza y otra mayoría haragana y derrochadora quedó desposeída, sin nada más que vender que su pellejo. De este pecado original arrancarían entonces la pobreza de la gran mayoría y la riqueza de una minoría.

Cuando la economía tiene que plantear el problema de la propiedad privada, solo puede acudir a este tipo de engaños. No obstante, sabemos de sobra que en la historia real juegan un gran papel la conquista, la esclavización, el robo y el asesinato. Los métodos de la acumulación originaria fueron cualquier cosa menos idílicos.

Decíamos que, ni el dinero ni las mercancías son de por sí Capital, como no lo son tampoco los medios de producción, ni los artículos de consumo, para serlo necesitan convertirse en Capital. Todo el patrimonio existente adquiere, por un lado, la capacidad de comprar las condiciones objetivas del trabajo, y por el otro, la de cambiarles a los trabajadores liberados el trabajo vivo por dinero.

En otras palabras, **la acumulación originaria no es más ni menos que el proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción;** que de una parte, convierte en Capital los medios sociales de vida, mientras que de otra, transforma los productores directos en trabajadores asalariados. Se llama originaria porque forma la prehistoria del Capital y del régimen capitalista de producción.

En uno de sus aspectos, este movimiento histórico que convierte a los productores en obreros asalariados representa la liberación de la servidumbre y la coacción gremial o de castas, y este es el único aspecto que ven los economistas e historiadores. Pero hay otro aspecto: esa “liberación” es al costo de ser liberados de todos sus medios de producción y sus garantías de vida que brindaban las viejas instituciones, quedándoles para vender nada más que su fuerza de trabajo.

La depredación de los bienes de la iglesia, la enajenación fraudulenta de las tierras del dominio público, el saqueo

de los terrenos comunales, la metamorfosis de la propiedad medieval y del patrimonio del clan en la moderna propiedad privada: fueron algunos de los tantos métodos de la acumulación originaria.¹¹

La expropiación de la población rural generalizó a su vez la necesidad de un mercado interior sin precedentes, dado que antes, aún en sociedades en las que gran parte de la producción estaba destinada al mercado, su reproducción para nada dependía de este.

El movimiento de expropiación, limitación y presión sobre los productores agrarios comenzó muy temprano en esta marcha que llevaría a la implantación del régimen capitalista de producción y del Estado moderno. Fueron aquellos impulsos en su mayoría privados, que con el tiempo necesitarían cada vez más del respaldo de un sistema centralizado, de Estados, con sus ejércitos y sus legislaciones, que hicieran ley lo que ya eran hechos, profundizando las separaciones, apropiándose de los viejos dominios comunales. «El movimiento constante de monopolización de la vida histórica por el Estado de la monarquía absoluta, forma de transición hacia la dominación completa de la clase burguesa, hace aparecer en su verdad lo que es el nuevo tiempo irreversible de la burguesía. Es al *tiempo de trabajo*, por primera vez librado de lo cíclico, al que la burguesía está ligada. El trabajo se ha convertido con la burguesía en trabajo que transforma las condiciones históricas.» (Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*)

Claro que, en todo este movimiento, hubo una constante respuesta a la proletarianización, de parte de campesinos, trabajadores, siervos, que como clases explotadas lucharon por contrarrestar el avance del Capital sobre sus vidas. Al comienzo decíamos que el capitalismo es resultado y realización de la historia de las sociedades de clase, así como, agregamos ahora, el proletariado es el heredero de todas las clases explotadas del pasado y un producto del capitalismo mismo, pues unifica y simplifica las contradicciones de clase, haciendo universal la división de clases entre burguesía y proletariado.

ENTRANDO EN LA LUCHA DE CLASES

A lo largo del siglo XIII, las luchas de los siervos (quienes antaño habían accedido a una parcela de tierra a cambio de un tributo, gracias a una reconfiguración de las relaciones sociales surgidas del hundimiento de los imperios escla-

¹¹ Para seguir hurgando en esta historia, recomendamos el programa de radio de *La linterna de Diógenes*, particularmente sus emisiones tituladas *Comunales (I, II y III)*, que pueden escucharse en la página web de la FM Irola Irratia: www.sindominio.net/irola. Muchos de los programas del Profesor Arcadio fueron sin duda un gran estímulo y una base para nuestras búsquedas.

vistas), se desataron en contra de los impuestos que cada vez se volvían más intolerables. Sus combates por preservar los excedentes producidos, se hacían patentes sobre todo durante aquellos días destinados al trabajo de las tierras de los señores. Estas tareas laborales denominadas servicios laborales eran la carga que más afectaba a estos productores, convirtiéndose en el reclamo central de sus revueltas. La resolución de este conflicto por parte de los nobles no fue más que un paso certero en la profundización de la explotación de los siervos: cooptando los objetivos de la lucha para satisfacer parcialmente las demandas originales, los *servicios laborales* fueron sustituidos por pagos en dinero. Formalmente este proceso acababa con la servidumbre; su contenido, empero, afectaba a miles de campesinos que, obligados a pagar los impuestos en dinero, contraían deudas crónicas, pidiendo prestado a usureros a cuenta de futuras cosechas y perdiendo finalmente sus tierras. Por otro lado, este proceso de sustitución promovió el crecimiento independiente de la propiedad campesina, transformando a algunos de “los antiguos poseedores campesinos” en arrendatarios capitalistas. El dinero y el mercado comenzaron a dividir al campesinado al transformar las diferencias de ingresos en diferencias de clase y al producir una masa de pobres que solamente podía vivir gracias a la venta de su fuerza de trabajo o a donaciones periódicas.

Mientras esto ocurría en territorio europeo, en China, casi simultáneamente, el antiguo sistema mongol de impuestos era mantenido por la vencedora dinastía Ming. Este sistema de impuestos a cambio de trabajo y especies se basaba en una estructura de cuasi castas, cuyos miembros se registraban como agricultores, artesanos o soldados, sin posibilidad de cambiar de empleo. Los impuestos a las cosechas cada vez más altos obligaron a los campesinos a abandonar las tierras de sus ancestros. Muchos de ellos se volvieron buscadores de plata, en minas ilegales que comenzaron a proliferar por todas partes. Los lingotes de plata sin acuñar se convirtieron en el verdadero dinero de la economía informal en expansión. Intentó en vano el gobierno acabar con el mercado y las minas ilegales. Sus esfuerzos se vieron contrarrestados por grandes insurrecciones en las que los mineros se unían con los campesinos desplazados y con los pobres de los núcleos urbanos, arrasando ciudades y provincias enteras y expulsando terratenientes. El gobierno entonces optó por una medida que, a esta altura, nos suena conocida: dejó de emitir papel moneda, legalizó las minas, reconoció el lingote de plata como modo de pago, para finalmente abandonar el sistema de recaudación en trabajo e instaurar un sistema de impuestos en dinero-plata. Esta política, sin embargo, obligó al régimen a mantener un abundante suministro de plata, para que su precio no subiera y minimizar el descontento popular, pero pronto las minas chinas

quedaron agotadas. China no tardó en tener que volverse hacia Europa y el Nuevo Mundo. Esto casualmente nos acerca a la explicación, desde el otro lado, de los intereses que motivaban los flujos comerciales entre el mundo oriental y Europa de los que hablábamos antes.

Nadie sabe exactamente cuántas rebeliones tuvieron lugar en la historia de China, sin embargo, registros oficiales que datan del siglo VII, revelan que hubo probablemente mil incidentes al año entre el 613 y el 615 d.C. Y posteriormente, entre 1629 y 1644 hubo 234.185 insurrecciones, es decir ¡40 estallidos por día!

«El nuevo régimen que comenzaba a surgir de dinero en lingote, solo se pudo imponer mediante una violencia casi sin parangón (...) En gran parte de Europa, la primera reacción a la revolución de los precios y a los subsiguientes cercados de campos comunitarios no fue muy diferente de la que se había dado poco tiempo atrás en China: miles de ex campesinos forzados a huir de sus aldeas para convertirse en vagabundos u “hombres sin amo”, un proceso que culminó en insurrecciones populares» (David Graeber).

La revolución de los precios, que no es sino un fenómeno inflacionario devastador, supuso el aumento de los precios de los alimentos, que durante dos siglos habían permanecido estancados. Mientras que el precio de la comida aumentó ocho veces, los salarios solo se triplicaron. Los trabajadores sufrieron tal empobrecimiento que, hacia 1550 y durante mucho más tiempo, en Europa eran llamados simplemente pobres. Las escasas reservas de grano hacían que el precio se pusiera por las nubes, condenando al hambre a los habitantes de la ciudad. Esto es lo que ocurrió en las décadas de hambruna de 1540 y 1550, y nuevamente en las de 1580 y 1590, que fueron de las peores en la historia de los explotados de Europa, coincidiendo con disturbios generalizados y una cantidad récord de juicios a brujas.

Así, cuenta Silvia Federici, en su recomendable libro *Calibán y la bruja* que, mientras que en los siglos XIV y XV la lucha de los trabajadores se había centrado en la demanda de más “libertad” y menos trabajo, en los siglos XVI y XVII los trabajadores hambrientos protagonizaron ataques a panaderías y graneros, así como motines contra la exportación de cultivos locales. La lucha por la comida se llevó a cabo también por otros medios, tales como la caza furtiva, el robo a los campos o casas vecinas y los ataques a las casas de los ricos.

El conflicto de clases provocó una nueva alianza entre la burguesía y la nobleza, sin la cual las revueltas no hubieran podido ser derrotadas. **La intensificación del conflicto social condujo a la centralización del Estado como el único agente capaz de afrontar la generalización de la lucha y la preservación de las relaciones de clase.** Haciéndose cargo de esta función, los funcionarios de varios países crearon leyes que establecían límites al coste de

trabajo (fijando el salario máximo), prohibían la vagancia y alentaban a los trabajadores a reproducirse.

Completando este proceso, se agudizaron las privatizaciones y cercamientos de tierras y espacios comunales. Tan pronto perdieron el acceso a la tierra y a los bosques, todos los trabajadores se sumergieron en una dependencia desconocida en la época medieval, ya que su condición de sin tierra dio a los empleadores poder para reducir su paga y alargar el día de trabajo. Sin embargo, las luchas contra las privatizaciones continuaron durante los siglos XVI y XVII, cuando el derribo de los cercos se convirtió en la forma más importante de protesta social y en el símbolo del conflicto de clases.

Las duras condiciones de vida de los explotados durante el proceso de proletarización y desposesión, hicieron que la grave disminución poblacional que se estaba dando al otro lado del océano se viviera en carne propia en el suelo europeo. Los gobiernos tuvieron que tomar medidas para frenar la catástrofe poblacional que los dejaba sin mano de obra. Se aprobaron leyes haciendo hincapié en el matrimonio y penalizando el celibato. Se le dio una nueva importancia a la familia como institución clave que aseguraba la transmisión de la propiedad mediante la herencia y la reproducción de la fuerza de trabajo. Simultáneamente, se inició una férrea intervención del Estado en la supervisión de la sexualidad, la procreación y la vida familiar. Según las conclusiones a las que arriba Federici, **la principal iniciativa del Estado con el fin de restaurar la proporción deseada de población fue lanzar una verdadera guerra contra las mujeres, claramente orientada a quebrar el control que habían ejercido sobre sus cuerpos y su reproducción.** Esta guerra fue librada principalmente a través de la caza de brujas que literalmente demonizó cualquier forma de control de la natalidad y de sexualidad no-procreativa, pero también recurrió a una redefinición de lo que constituía un delito reproductivo. Así, a partir de mediados del siglo XVI, al mismo tiempo que los barcos portugueses retornaban de África con masivos cargamentos humanos, todos los gobiernos europeos comenzaron a imponer las penas más severas a la anticoncepción, el aborto y el infanticidio.

A la espoliación total sufrida por los trabajadores progresivamente monetarizados, se sumó el aterrador lugar que se les asignó a las mujeres. Excluidas casi por completo de aquellas ocupaciones que tradicionalmente habían sido prerrogativas suyas, como la preparación de cerveza y la partería, fueron forzadas a la pobreza crónica y a la dependencia económica. Fueron relegadas masivamente a la prostitución (que además fue criminalizada) y al ejercicio de los peores empleos (sirvientas domésticas, hilanderas, vendedoras ambulantes, peones rurales, entre otros). Este proceso fue acompañado a su vez de la masiva fijación del trabajo de la mujer principalmente a las tareas reproducti-

vas de la fuerza de trabajo y domésticas, proceso que estaba prácticamente completado hacia finales del siglo XVII.

Dependiendo de las necesidades de reproducción del Capital, habrá coyunturas que obliguen a las mujeres proletarias a asumir mayor importancia en el proceso de producción inmediato, y otras que las pongan al servicio, casi exclusivo, de la reproducción de la fuerza de trabajo y los trabajos domésticos (trabajos domésticos para la reproducción de la fuerza de trabajo, pues hay también trabajos domésticos en el proceso inmediato de producción, realizado por proletarias y proletarios asalariados). Se encuentra aquí uno de los elementos de la particularidad de la mujer proletaria y su “desvalorización” en el mundo, pues la burguesía extiende la idea de la superioridad de quienes participan directamente en el proceso de producción inmediato y la producción de plusvalor y, por tanto, esa mujer “improductiva” estará marcada por esta cuestión en toda su vida cotidiana y social.¹²

Por otro lado, la caza de brujas ahondó las divisiones entre mujeres y hombres, inculcó a los hombres el miedo al poder de las mujeres y destruyó un universo de prácticas, creencias y relaciones sociales cuya existencia era incompatible con la disciplina del trabajo capitalista, redefiniendo así los principales elementos de la reproducción social y convirtiéndose en uno de los más poderosos acicates de la acumulación originaria.

Federici encuentra que, desde hacía muchos años, los movimientos herejes constituían la mayor expresión de la búsqueda de una alternativa concreta a las relaciones feudales por parte de los explotados y de la resistencia a la creciente economía monetaria. Las principales sectas herejes tenían un programa social y estaban bien organizadas desde el punto de vista de su sostenimiento, la difusión de sus ideas e incluso su autodefensa. La herejía denunció las jerarquías sociales, la propiedad privada y la acumulación de riquezas y difundió entre el pueblo una concepción nueva y revolucionaria de la sociedad que redefinía todos los aspectos de la vida cotidiana (el trabajo, la propiedad, la reproducción sexual y la situación de las mujeres).

Desde fines del siglo XII también surgieron, en diversas regiones rurales de Europa occidental, una serie de movimientos cristianos enfrentados a gran parte de las costumbres y las doctrinas católicas. Estos movimientos, que dieron lugar a algunas comprensiones radicales y revolucionarias de la divinidad y la vida terrenal estaban influenciados por corrientes como el gnosticismo, el maniqueísmo y una diversidad de tendencias que florecieron entre los siglos II y VI en el Levante y la Mesopotamia. Los más reconocidos fueron los Cátaros y la Hermandad del Espíritu Libre. Aunque las diferencias entre ambas

12 Profundizaremos en estos temas en próximos números de CUADERNOS.

sectas eran importantes fue su carácter clandestino y anticlerical lo que luego les permitió servir de influencia a las corrientes anabaptistas que tanto eco encontraron en el campesinado germano.

Fue hacia principios del siglo XVI que el anabaptismo fue tomando forma en su prédica anticatólica, antipersecutoria, de comunión y de crítica a la propiedad y al dinero.

Por otro lado, como vimos, el largo deterioro de la situación de los campesinos había sido ya fuente de numerosos conflictos y levantamientos regionales, que fueron casi todos violentamente reprimidos. Solo la larga protesta de los campesinos montañeses suizos fue coronada con éxito.

Los problemas económicos, las guerras, las malas cosechas y la presión ejercida por los señores acrecentaban la situación de dependencia del campesinado. Las propiedades comunales se habían expropiado. Los derechos de utilización de terrenos comunes de pastoreo, de tala de bosques, de pesca y de caza, antes comunitarios, habían sido limitados o suprimidos.

La *Guerra de los campesinos alemanes*, también llamada la *Revolución del hombre común*, fue una revuelta popular en el Sacro Imperio Romano Germánico de los años 1524 y 1525. Consistió, como el movimiento precedente *Bundschuh* y las Guerras Husitas, en una serie de rebeliones tanto económicas como religiosas por parte de campesinos, ciudadanos y nobles.

El conflicto, que fue más profundo en el sur, oeste y centro de Alemania, pero que también afectó a áreas de Austria y Suiza, contó durante el verano y la primavera de 1525 con un total estimado de 300.000 campesinos insurgentes. La revuelta popular fue la más masiva y generalizada en Europa hasta la Revolución francesa de 1789. La guerra, llamada así probablemente por su magnitud y por haber marcado el final de varios siglos de escaramuzas campesinas, fue el resultado directo de treinta años de combates permanentes y de formación de grupos de revolucionarios por toda la región alemana.

El 20 de marzo de 1525 los campesinos expresaron sus reivindicaciones a partir de doce artículos, algunos de los cuales recitan como sigue:

«nos agravan cuestiones relativas a la tala de madera, por cuanto que la gente noble se ha apropiado de todos los bosques para su solo uso personal. Si un pobre necesita madera, debe pagar el doble por ella. Es nuestra opinión, en lo que concierne a los bosques en posesión de un Señor, sea espiritual o temporal, que al menos que haya sido debidamente comprado, deberá ser devuelto nuevamente a la comunidad.

(...) nos encontramos agobiados por posesiones que no pueden hacer frente a las rentas exigidas sobre aquellas. Los campesinos sufren de esta manera pérdidas y están arruinados. Pedimos a los Señores que designen personas honorables para estudiar las posesiones y fijar rentas acordes con la justicia, de tal manera que los campesinos

no estén obligados a trabajar a cambio de nada, ya que su labor es digna de ser recompensada.

(...) estamos agraviados por la apropiación por algunos individuos de praderas y campos que en tiempos anteriores pertenecieron a la comunidad. Tomaremos nuevamente posesión de dichos campos. Sin embargo, cabe que esos campos hayan sido adquiridos conforme a derecho. Cuando, por mala fortuna, las tierras hayan sido así adquiridas, un arreglo fraternal deberá tener lugar de acuerdo con las circunstancias.» (*Los doce artículos*, Memmingen, 1525).

No fueron las limitaciones de su pensamiento lo que los venció, sino la derrota y la muerte.

«Desdeñar a estos movimientos como si fueran una especie de arcaísmo religioso equivale a considerarlos indignos de toda crítica y empezamos a sospechar por qué. Nosotros pensamos, por el contrario, que fueron un momento esencial de la crítica del mundo. En su seno aparecieron elementos radicales como los Hermanos del Libre Espíritu, los revolucionarios londinenses de 1381, los picardos de Bohemia o los anabaptistas de la ciudad de Münster, que intentaron desarrollar una práctica que hizo peligrar el orden del mundo.» (Yves Delhoyse y Georges Lapierre, *El incendio milenarista*¹³).

Thomas Müntzer, uno de los más conocidos impulsores de estas revueltas, no se limitó a predicar: fundó una organización clandestina revolucionaria, la Liga de los Elegidos y, finalmente, el 7 de agosto de 1524 se unió a la rebelión de los campesinos. El 15 de mayo de 1525, en la batalla de Frankenhäusen, aproximadamente 6.000 campesinos perdieron la vida aplastados por el poder de los príncipes. Müntzer fue capturado, azotado y decapitado el 27 de mayo de 1525.

Las consecuencias para los sublevados no fueron menos drásticas. Según estimaciones, solamente durante la fase bélica habrían perdido la vida unos 100.000 campesinos. Los sobrevivientes fueron automáticamente afectados por la proscripción imperial y privados de todos sus derechos y posesiones.

Los otros amotinados fueron sometidos a los crueles tribunales penales de los señores territoriales. Muchos relatos dan cuenta de decapitaciones, extirpaciones de ojos, amputaciones de miembros y demás atrocidades. Aquellos que debieron pagar solamente penas pecuniarias, podían considerarse privilegiados, si bien muchos de los condenados ni siquiera estaban en condiciones de pagarlas.

Comunidades enteras fueron desposeídas de todos sus derechos jurisdiccionales por haber sostenido a los insurgentes, así como del derecho a realizar sus fiestas, mientras tanto, las fortificaciones de los pueblos eran arrasadas.

13 Nuevamente, para profundizar en este movimiento, recomendamos el gran libro *El incendio milenarista* (Pepitas de calabaza, 2008).

En su libro *Las Guerras campesinas en Alemania*, Friedrich Engels relató con lujo de detalles los diversos frentes de la guerra y los antecedentes que provocaron tamaña insurrección. Advirtió acerca del error que implica comprender estos sucesos como una especie de aspecto radical de la Reforma protestante. Si bien la religión formó parte de las reivindicaciones de los grupos campesinos, para él, no fue el aspecto central y lo que verdaderamente aglutinó a los levantamientos fue más el carácter de clase que la adscripción a una concepción particular de la eucaristía. Engels remarcó que, en muchas ocasiones, se comenzó a borrar la distinción entre el clero y la nobleza, simplemente criticando a ambos campos como ordenadores de la vida social y como terratenientes y represores de hecho. Rastreó además la aparición del proletariado en los grupos de campesinos, los oficiales de gremios y los mineros que conjuntamente reconocieron su situación común, se organizaron y llegaron a realizar actos de magnitud como la toma de ciudades y enfrentamientos militares a gran escala.

Estos históricos momentos de lucha dieron vida a los primeros panfletos y a la prensa revolucionaria para la difusión a gran escala de posiciones radicales de grupos de carácter secreto y casi sectario, que comenzaron a funcionar en la región, por lo menos desde finales del siglo XV. Fueron circunstancias en las que se expresaron la crítica a la propiedad privada, al dinero, a la división del trabajo, a la división estamental y a la herencia. Fueron coyunturas en las que estos fenómenos comenzaron a invadir la vida de las personas de manera palpable, a tal punto de trastocar sus relaciones sociales más cotidianas y explotar en rebeliones masivas.

Fue un tiempo marcado por la formación de dos grandes campos en la sociedad, claramente y sin lugar a dudas diferenciados, cuyo antagonismo se expresó en que, durante un proceso tan relevante como la Reforma protestante, las facciones dominantes en pugna fueron forzadas a pronunciarse conjuntamente dejando de lado, circunstancialmente, sus diferencias. Así, las disputas entre protestantes y católicos se pusieron en espera durante unos años y no se reanudaron hasta 1527, con la revolución claramente derrotada. Vale agregar que algo similar ocurrió con respecto a la caza de brujas, cuya terrible puesta en práctica evidenció la misma alianza entre facciones religiosas representantes, en definitiva, del mismo orden social. **En ambos casos, tanto la brujería y la herejía popular como los movimientos milenaristas y anabaptistas, supusieron una crítica radical y una resistencia feroz al avance de la economización, enajenación y valorización de la vida de todos los campesinos, siervos y trabajadores. La respuesta fue clara: represión, persecución y muerte. Fue la misma que, en territorio americano y en la misma época, provocaba otro gran genocidio.**

«Las resistencias y luchas contra la barbarie de la civilización capitalista también estallaron y cubrieron el

continente americano, sucediéndose, de los quilombos de negros —oasis de libertad de fugitivos tierra adentro— a los mapuches, haciéndole tragar oro líquido a Valdivia por su sanguinaria ambición; de la revuelta de las mujeres guaraníes en 1539 al grito de matemos a nuestros maridos, refiriéndose a los conquistadores, quienes hacían de su pene otra arma de conquista, al dramático cuadro de los Tainos y Arawakos en el Caribe, matando a sus propios hijos y haciendo del suicidio un acto de resistencia para no perder la vida trabajando para otro, para no entregarla a la ambición y la avaricia.» (Boletín La oveja negra nro.21, *La conquista de América y el desarrollo del mercado mundial*)

«El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata en América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las indias orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos *factores fundamentales* en el movimiento de la acumulación originaria» (Karl Marx, *El Capital*) y, agregamos: de la expansión del verdadero mercado mundial que, finalmente, abarcó todos los continentes del planeta.

Entre todas las historias que nos cuentan para mantener intocable este sistema de opresión, hay una que sirve para ocultar la necesidad de la violencia del Capital y la imposición brutal que significó en sus comienzos y que aún significa su mantenimiento. Así, la conquista del continente americano sucedió porque «los españoles cambiaban oro por espejitos de colores» y la del continente africano porque «los africanos tenían la tierra, y cuando vino el hombre blanco con su biblia, los hizo soñar con los ojos cerrados y cuando los abrieron, el hombre blanco tenía la tierra y los negros la biblia». Moraleja: los conquistadores, aunque algo estafadores, son comerciantes que hacen sus negocios y los conquistados unos inocentes que se dejan engañar, así que se lo tendrían un poco merecido por ingenuos.

Pero cuando hablamos de la imposición civilizatoria hablamos de violencia, y no en sentido metafórico o de “violencia simbólica” como suelen machacar los intelectuales de nuestra época, hablamos de golpes y amenazas, de muerte y violación, de amputaciones y huesos rotos. Estas conquistas, que impusieron otra vez la esclavitud e incrementaron exponencialmente el tráfico de esclavos, consistían en destruir los fuertes lazos comunitarios del convertido en esclavo y en arrancar a la persona de su lugar, transformándola en un objeto cuantificable, medible y vendible que pudiera trabajar hasta la muerte.

«El 12 de octubre no representa el “encuentro de dos mundos”: ese fue el día en que comenzó una de las más atroces guerras. En términos generales se produjo en

Lee descubrió, por ejemplo, que los bosquimanos trabajaban para su subsistencia solo de diez a quince horas por semana. Este descubrimiento destruye eficazmente uno de los mitos de pacotilla de la sociedad industrial: a saber, que tenemos más tiempo libre en la actualidad que antes. Los cazadores y recolectores primitivos trabajan menos que nosotros, sin la ayuda de ningún sindicato, porque sus ecosistemas no pueden tolerar semanas y meses de un esfuerzo extraintensivo. Entre los bosquimanos, las personalidades stajanovistas que van de un lado para otro convenciendo a amigos y parientes para que trabajen más prometiéndoles un gran festín, constituirían una clara amenaza a la sociedad. Si consiguiera que sus seguidores trabajasen como los kaoka durante un mes, el bosquimano que aspira a convertirse en «gran hombre» exterminaría o ahuyentaría a millas de distancia a toda la caza, con lo que su pueblo moriría de hambre antes de finalizar el año. De ahí que entre los bosquimanos predomine la reciprocidad y no la redistribución y que el mayor prestigio corresponda al cazador seguro y discreto, que nunca se jacta de sus hazañas y que evita cualquier insinuación de que hace un regalo cuando divide el animal que ha matado.

La donación de festines competitivos y demás formas de redistribución eliminó la dependencia primordial

de la reciprocidad cuando fue posible aumentar la duración e intensidad del trabajo sin infligir daños irreversibles a la capacidad de sustentación del hábitat. Precisamente esto se logró cuando los animales y plantas domesticados sustituyeron a los recursos alimentarios naturales. En líneas generales, cuanto más trabajo se dedica a plantar y criar especies animales, mayor cantidad de alimentos se puede producir. La única dificultad estriba en que la gente no trabaja habitualmente más que lo estrictamente necesario. La redistribución fue la respuesta a este problema. La redistribución comenzó a aparecer a medida que el trabajo requerido para mantener un equilibrio recíproco con productores muy celosos y sedientos de prestigio fue aumentando. A medida que los intercambios recíprocos se volvían asimétricos, se convirtieron en regalos; y cuando estos se acumularon, los donantes de regalos fueron recompensados con prestigio y contraprestaciones. Pronto predominó la redistribución sobre la reciprocidad y se otorgó mayor prestigio a los donantes de regalos más jactanciosos y calculadores, que engatusaban, avergonzaban y en última instancia obligaban a todo el mundo a trabajar mucho más de lo que un bosquimano hubiera imaginado posible.

(Marvin Harris, *Vacas, cerdos, guerras y brujas*)

América una destrucción poblacional de un 90 por ciento, es decir, la pérdida de aproximadamente 70 millones de seres humanos (y esto sin contar los esclavos extirpados de África). Todo tipo de comparación entre atrocidades puede ser una atrocidad, pero dada la propaganda que se le da a algunas y el ocultamiento sistemático que se mantiene en torno a otras, no podemos dejar de señalar que ninguna de las grandes matanzas del siglo XX puede compararse con la hecatombe desencadenada en suelo americano a partir de 1492.

Tampoco es cierto que el mal llamado “descubrimiento” (el hombre de hecho llegó a este continente hace, por lo menos, 15 mil años) haya sido un acontecimiento casual. Fue más bien la culminación de un proceso acumulativo de experiencias de exploración y conquista y de perfeccionamientos tecnológicos que se dieron en los años previos a la colonización, en algunos países de Europa, especialmente en Portugal y España. En el siglo XV las experiencias de Portugal en la exploración atlántica hacia el sur respondieron a las necesidades, tanto de la nobleza debilitada como a las de los mercaderes, por extender las rutas comerciales. Luego de varias expediciones infructuosas, recién a mediados del siglo XV se beneficiaron con tierras con recursos como marfil, pimienta y oro, pero sobre todo con el trá-

fico de esclavos negros. Esto llevó a nuevas inversiones en innovaciones y técnicas de navegación, que los españoles aprovecharon para sus propias expediciones hacia oriente.

Fue en este escenario de acumulación primitiva u originaria del Capital, que se desplegó en todo el mundo conocido en el este del globo, que Colón concretó su expedición con el objetivo de llegar a China por el camino occidental “directo”.» (Boletín La oveja negra nro.21, *La conquista de América y el desarrollo del mercado mundial*)

«La conquista de América comenzó con esclavización a gran escala, para luego gradualmente establecerse mediante varias formas de servidumbre por deudas, esclavitud de los africanos y la servidumbre mediante contratos de cumplimiento forzoso, es decir, el empleo de mano de obra contratada en forma de trabajadores que habían recibido dinero por adelantado y quedaban así atados durante términos de cinco, siete o diez años para devolverlo (...).

En el siglo XVII, a veces había tantos deudores blancos trabajando en las plantaciones del Sur [de América del Norte] como esclavos africanos, y legalmente estaban, al principio, en una situación casi idéntica, puesto que desde su inicio las compañías propietarias de plantaciones operaban dentro de una tradición legal europea que suponía que la esclavitud no existía, de modo que incluso los africanos

que trabajaban en las Carolinas estaban clasificados como trabajadores contratados.

(...) Hay, y siempre ha habido, una curiosa afinidad entre trabajo asalariado y esclavitud. No tan solo porque fueran esclavos de las plantaciones de azúcar del Caribe los que proporcionaban productos con alto contenido energético que facilitaban el trabajo de gran parte de los primeros obreros, ni porque gran parte de las nuevas técnicas científicas de gestión del trabajo aplicadas en las fábricas de la Revolución industrial se pudieran rastrear hasta aquellas mismas plantaciones de azúcar, sino también porque tanto la relación entre amo y esclavo como entre empleador y empleado son, en principio, impersonales: hayas sido vendido o seas tú mismo quien se alquila, en el momento en que el dinero cambia de manos quién seas deja de tener importancia; lo único importante es que seas capaz de comprender las órdenes y hacer lo que se te diga». (David Graeber, *En deuda*)

Por pereza o convencimiento tenemos una imagen de los esclavos —así como de los trabajadores de la Edad Media u otro momento del pasado— completamente mitificada. El ser humano nunca trabajó tan intensamente como ahora ni tantos días al año ni tanto tiempo de su jornada. La burguesía construye un relato del pasado para presentar su imposición como una forma no tan brutal de producción. Nos detendremos por un momento en esto. La primera huelga del mundo de la cual se tiene registro sucedió en Egipto en el año 1166 a.C., Amennakht —un escriba del faraón— detallaba que esta se llevó adelante debido a que el retraso en la entrega de las raciones alimenticias superó los dieciocho días. Pero además la crónica de este escriba permite seguir el conflicto, las “huelgas” intermitentes, lo cual también nos hace saber las razones que justifican ciertas bajas momentáneas de los trabajadores: borracheras, necesidad de construir la propia casa, de prestar un favor a otro jefe, por picadura de escorpión, enfermedad, porque la esposa está menstruando, la madre está enferma o el hijo en la cama, así como motivos religiosos o funerarios.¹⁴ ¡Imaginemos por un momento intentar justificar hoy en día una ausencia en el trabajo con alguno de esos motivos exceptuando lo que haga referencia a la salud! **De habernos conocido, un egipcio de aquella época podría quejarse de que «trabaja como un asalariado».** No relativizamos, pero nos negamos a buscar una crítica moralista de una forma u otra de explotación.

Si bien nuestra crítica apunta al trabajo asalariado en el capitalismo ya maduro, esta no podría ser total si no comprendemos la raíz histórica, económica y social del trabajo como enajenación de la actividad humana, que toma la forma de asalariada en un proceso de desarrollo del valor y de la producción destinada, ya no al consumo,

¹⁴ Diario El país 7/5/2002, *El Louvre expone la vida cotidiana de los constructores de tumbas egipcios*.

sino al intercambio. Y con esto no dirigimos nuestra crítica únicamente hacia las relaciones de producción basadas en la servidumbre o en la esclavitud, sino a la degradación progresiva de la actividad humana en general. Es justamente por esto que debemos continuar hacia atrás en este análisis, hacia los albores mismos del intercambio. Y no para sentir nostalgia porque sabemos, y ya lo hemos aclarado, que «es tan ridículo sentir nostalgias de aquella plenitud primitiva como creer que es preciso detenerse en este vaciamiento completo.» (Karl Marx, *Grundrisse*)

En fin, **el capitalismo, como vimos, no surge ni de Europa, ni de las ideas de ciertas personas, ni de ciertos hitos políticos o productivos, sino del mercado mundial en desarrollo. Es decir, del desarrollo histórico del intercambio, del valor, del dinero, del trabajo,** presupuestos fundamentales para el surgimiento del Capital como sujeto de la sociedad.

Capitalismo es sinónimo de sociedad mercantil generalizada, pero la producción de mercancías precede por miles de años al capitalismo. Es en el desarrollo del intercambio, con sus equivalencias e igualaciones, donde debemos poner el ojo para comprender el surgimiento de esta sociedad.

A medida que se va desarrollando la mercancía como forma que asume la producción destinada al intercambio, más y más son las comunidades que empiezan a ponerse en contacto a través de este, así como también muchas comunidades son sometidas si quieren mantenerse al margen.¹⁵

«La comunidad primitiva fue destruida por sus propios límites. (...). El intercambio entre comunidades (el intercambio de mercancías empieza ahí donde las comunidades terminan) va poco a poco subsumiéndolas y revolucionando su realidad interna; operando el divorcio entre la utilidad de los objetos para las necesidades inmediatas, —valor de uso— y su utilidad con vistas al intercambio —base sobre la que se desarrollará el valor de cambio— hasta provocar su disolución histórica y el comienzo del ciclo del valor. (...)

En la producción mercantil generalizada, en contraposición a todas las sociedades precapitalistas, el enriquecimiento se transforma en el objetivo supremo, el dinero pasa a ser el fin, su acumulación pasa a ser la determinación que predomina frente a todas las otras (dinero como medio de cambio, de circulación, etc.) y

¹⁵ A pesar de que ya lo hemos explicitado, queremos subrayar que así como el Capital no comenzó en el continente europeo, la lucha contra él tampoco. Creemos que tanto en este apartado de CUADERNOS, así como en la bibliografía en general de la que disponemos, se echa de menos una mayor y mejor descripción del desarrollo capitalista y de las rebeliones de los explotados en, por ejemplo, los continentes africano y asiático. Esperando poder profundizar más adelante en estos temas, queremos remarcar esta falta para no seguir contribuyendo al sentido mayoritariamente eurocentrista de la explicación de estos procesos.

luego de un largo proceso termina por constituirse en el único ser común de los hombres, la única comunidad que los unifica. El mismo desarrollo del intercambio fuerza al capital a conquistar la producción, haciendo de ella el objetivo del hombre y del enriquecimiento el objetivo de la producción.

Dicho proceso histórico de transformación del dinero en capital es al mismo tiempo el proceso de concentración y centralización internacional de capital y de separación del productor de sus condiciones objetivas de producción (creación del *trabajador libre* por medio del terrorismo de Estado), o dicho de otra forma de la expropiación violenta de todos los productores, quienes, privados de los medios de reproducir su vida, son obligados a transformarse en esclavos asalariados.

(...) El capitalismo se diferencia de todos los modos de producción que lo precedieron por su esencia universal, condición de unificación de toda la humanidad y por la simplificación/exacerbación de las contradicciones de clases. La sociedad se encuentra dividida en dos grandes campos enemigos, en dos clases que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado.

Con su desarrollo el capitalismo engendra las condiciones de su propia supresión: no solo creando las armas que lo barrerán del planeta sino, y principalmente, produciendo y concentrando los seres que empuñarán esas armas: el proletariado.

El proletariado es el heredero de todas las clases explotadas del pasado porque sus condiciones de vida son el paroxismo de la inhumanidad de las condiciones de vida de todas las clases explotadas del pasado, concentrando en él todas las causas profundas de las luchas de aquellas clases. (...) Con el proletariado, la lucha secular contra la explotación, contra la deshumanización del hombre, contra la subordinación de la vida humana a la dictadura del valor, es asumida por primera vez en la historia por un sujeto revolucionario, es decir con proyecto social propio, válido para toda la humanidad y en ruptura total con toda la civilización del progreso: la destrucción del capital y por lo tanto de las clases, de la explotación, de la propiedad privada, de todo Estado... y la instauración del comunismo.» (Grupo Comunista Internacionalista, *Tesis de orientación programática*)

EL CAPITAL, SOLO QUIERE MÁS CAPITAL

«La avidez de dinero o la sed de enriquecimiento representan necesariamente el ocaso de las comunidades antiguas. De ahí la oposición a ellas. El dinero mismo es la comunidad, y no puede soportar otra superior a él.» (Karl Marx, *Grundrisse*)

La palabra capitalismo se deriva de capital, pero bien, ¿desde dónde parte el Capital? La respuesta ya la adelantamos: el Capital parte de la producción de mercancías y su circulación —el comercio. Son estas las premisas históricas del surgimiento del Capital. «Sin embargo, no hace falta remontarse a la historia de los orígenes del capital para encontrarse con el dinero como su forma o manifestación inicial. Esta historia se repite diariamente ante nuestros ojos. Todo capital nuevo comienza pisando la escena, es decir, el mercado, sea el mercado de mercancías, el de trabajo o el del dinero, bajo la forma de dinero, dinero que, a través de determinados procesos, tiende a convertirse en capital.» (Karl Marx, *El Capital*).

Así, en el anterior número de CUADERNOS, advertíamos ya que «con el progresivo desarrollo del intercambio, y por lo tanto del dinero, la producción fue dejando cada vez más de lado las verdaderas necesidades de los hombres, poniendo por delante las necesidades del intercambio y de la acumulación de riqueza. **Este proceso que destruye las comunidades, destruye a su vez la verdadera utilidad de las cosas: es el valor de cambio imponiéndose y subordinando al valor de uso.**

De esta suerte, siguiendo su camino como medio de acumulación y como equivalente general de toda la producción, a través de la expansión del mercado, el dinero se lanza a adueñarse de la producción y de los mismos seres humanos. Este llega por tanto a su determinación más acabada e inseparable de todas las demás: es el objetivo último de la producción. El dinero es entonces la prefiguración del Capital, el sujeto de la sociedad capitalista.»

¿Pero cuál es ese proceso que hace que el dinero se convierta en capital? Inicialmente la forma directa por la cual circulan las mercancías, y por lo tanto el dinero, es M–D–M, o sea, la transformación de una mercancía en dinero, a partir de la venta de, por ejemplo, un libro, y la compra, con el dinero recibido a cambio, de otra mercancía, por ejemplo, un pantalón: *vender para comprar*. En este tipo de circulación, el dinero termina siempre en una mercancía que se emplea como valor de uso, es decir, el dinero sale de la circulación para ser consumido. Pero, del proceso histórico surge otra forma específicamente distinta: D–M–D, la transformación del dinero en mercancía y de esta nuevamente en dinero, es decir, *comprar para vender*. Su resultado sería entonces el intercambio de dinero por dinero, D–D. Este ciclo aparentemente absurdo, revela sin embargo una diferencia fundamental: mientras en la primera forma de circulación la mercancía inicial y la final se diferencian *cualitativamente* entre sí (libro y pantalón, por ejemplo), en esta forma la diferencia entre el dinero inicial y el final es meramente *cuantitativa*, el proceso acaba siempre por sustraer a la circulación más dinero del que en ella se lanzó. La fórmula completa es por lo tanto: D–M–D', donde D' es la suma de dinero desembolsada en

un comienzo más un incremento; un incremento llamado plusvalor.¹⁶ Por lo tanto, el valor puesto inicialmente en circulación, no solo se conserva en ella sino que su magnitud de valor experimenta un cambio, se incrementa con un plusvalor, se valoriza. Y este es el proceso por el cual el dinero se transforma en capital y, su fórmula, es la *fórmula genérica del capital*. **La circulación del dinero como capital lleva en sí mismo su fin** porque que la *valorización del valor* solamente ocurre dentro de este proceso constantemente renovado, es un movimiento incesante.

Si pensáramos el capital en una de sus acepciones, simplemente como riqueza acumulada, podríamos llamar capitalistas formas de producción anteriores, que también han tenido reservas y acumulación de dinero, mercancías y trabajo muerto. Queda claro que en otros momentos históricos ya se podía reconocer la avidez de lucro, la pujante necesidad de acumulación dineraria, pero **lo que vemos claramente que distingue al sistema capitalista de sus predecesores es que el dinero como capital solo persigue un objetivo particular: autoexpandirse infinitamente**. Es en el capitalismo donde se llega a una síntesis tan desarrollada de la forma dinero, bajo la cual este o se expande a escala ampliada o perece. Bajo esta determinación, el dinero como capital se autonomiza definitivamente de las restricciones que presentaban épocas anteriores y es así que en la fase capitalista de la historia humana se comienza a producir sin ligazón directa con las necesidades humanas, atendiendo solo a la pulsión de expansión del valor.

Nunca en la historia de la humanidad había ocurrido algo así. La producción, que siempre fue un medio usado por los seres humanos para satisfacer sus necesidades, incluso en las sociedades de clases del pasado, encuentra en el capitalismo una inversión total. Será el ser humano el que sirva de medio para la producción, ahora subsumida por el Capital, que es quien gobierna la producción, dicta qué y cómo producir de acuerdo a sus necesidades. De esta forma comprendemos en profundidad la realidad de la enajenación, la cosificación, el carácter fetichista de la mercancía y la constitución del Capital como sujeto, que desplaza al ser humano hacia el mero lugar de objeto.

«Como agente consciente de este movimiento, el poseedor de dinero se convierte en capitalista. El punto de partida y de retorno del dinero se halla en su persona, o por mejor decir en su bolsillo. El *contenido objetivo* de este proceso de circulación —la valorización del valor— es su fin *subjetivo*, y solo actúa como *capitalista*, como capital personificado, dotado de conciencia y de voluntad, en la

16 Como veremos en el próximo número de CUADERNOS DE NEGACIÓN —en el que profundizaremos sobre el plusvalor y sus diferentes formas bajo el sistema capitalista— el plusvalor solo puede originarse en la explotación del trabajo, en el trabajo impago.

medida en que sus operaciones no tienen más motivo propulsor que la apropiación progresiva de riqueza abstracta. El *valor de uso* no puede, pues, considerarse jamás como fin directo del capitalista. Tampoco la ganancia aislada, sino el apetito insaciable de ganar. Este afán absoluto de enriquecimiento, esta carrera desenfadada en pos del valor hermana al capitalista y al atesorador; pero, mientras que este no es más que el capitalista trastornado, el capitalista es el atesorador racional. El incremento insaciable de valor que el atesorador persigue, pugnando por *salvar* a su dinero de la circulación, lo consigue, con más inteligencia, el capitalista, lanzándolo una y otra vez incesantemente, al torrente circulatorio.» (Karl Marx, *El Capital*)

La forma—dinero que el valor de las mercancías asume en la circulación simple, solo se limita a interpretar el papel de mediadora en el intercambio de mercancías, para esfumarse en el final del acto. Pero esta determinación del dinero como medio en M–D–M trae ya implícito el carácter que asumirá en la circulación D–M–D’;¹⁷ tanto la mercancía como el dinero actúan como las distintas modalidades de existencia del protagonista principal: el valor. «En realidad, *el valor*, se erige aquí en *sujeto de un proceso* en el que, bajo el cambio constante de las formas de dinero y mercancía, su magnitud varía automáticamente, desprendiéndose como plusvalor de sí mismo como valor originario, o lo que tanto vale, *valorizándose a sí mismo*. En efecto; el proceso en que engendra plusvalor es su propio proceso, y, por lo tanto, su valorización, la *valorización de sí mismo*. Ha obtenido la virtud oculta y misteriosa de engendrar valor por el hecho de ser valor. Lanza al mundo crías vivientes, o al menos pone huevos de oro.» (Karl Marx, *El Capital*)

Esta modalidad (D–M–D’) se puede sintetizar, como decíamos, en una compra para vender más caro. Pero esto puede llevarnos a pensar que se trata de una simple transacción comercial y que, por tanto, ese plusvalor obtenido no necesariamente parte del trabajo humano. Por ello es necesario ver cómo este proceso se desarrolla en el capital industrial: D–M (mdp + fdt)... P... M’–D’, que equivale a decir que con el dinero inicial (D) se compran mercancías

17 Así, ya en el nro. anterior de CUADERNOS exponíamos que: «A la primera *determinación del dinero como medida*, le sigue inmediatamente su determinación como *medio de cambio* con la aparición de ciertos productos que comienzan a cumplir la función, que más tarde, consumará la moneda. Mas, para el dinero, era imposible detenerse allí, y pasó a ser también un *medio de acumulación*, su tercera determinación, esta vez como *riqueza*... siguiendo su camino como medio de acumulación y como equivalente general de toda la producción, a través de la expansión del mercado, el dinero se lanza a adueñarse de la producción y de los mismos seres humanos. Este llega por tanto a su determinación más acabada e inseparable de todas las demás: es el objetivo último de la producción», es la circulación del Capital, es D–M–D’.

(M), es decir, medios de producción (mdp) y fuerza de trabajo (fdt) humano, que se utilizan para producir (P) otras mercancías (M') que se venden en el mercado y que dejan como saldo una cantidad mayor de dinero (D'), que se vuelve a invertir para que el circuito no termine nunca. Vemos que, si resumimos los pasos, nos encontramos otra vez con la forma: D–M–D'.

Para comprender mejor este proceso, podemos retomar un ejemplo concreto extraído del libro *¡Abajo los restaurantes!* (Prole Info. Lazo ediciones, 2014): «El empresario empieza con dinero. Él compra mercancías (comida, especias, máquinas y herramientas, como así también la capacidad de trabajo de los empleados). Estas son puestas en movimiento en el proceso de producción y crean una mercancía —la comida del restaurante— que se vende inmediatamente a los clientes. Este dinero es mayor que la inversión original. Entonces es reinvertido y el circuito comienza de nuevo. Mediante el flujo de su capital a través del proceso de producción, ese capital crece.

Este movimiento de capital es la razón por la que existen los restaurantes, y les da a los restaurantes sus formas y prioridades particulares. Lo que importa no es que un restaurante produzca comida, sino que produzca plusvalor y ganancia. El restaurante es un proceso de producción que hace dinero para el patrón, y él quiere ganar tanto dinero como sea posible. En numerosas ocasiones las consideraciones de seguridad, limpieza e incluso legales son hechas a un lado para aumentar esa ganancia.

El restaurante representa algo muy diferente para los obreros. Los que trabajamos en un restaurante no lo hacemos porque queremos. Estamos forzados a ello. No tenemos otra manera de vivir fuera de vender nuestra capacidad de trabajar a alguien —por ejemplo, al dueño de un restaurante. No hacemos comida porque nos guste hacer comida o porque queramos hacer comida para este o aquel cliente en particular. Cuando limpiamos los pisos o abrimos botellas de vino, no estamos satisfaciendo una necesidad para alguna clase de actividad significativa. Simplemente estamos intercambiando nuestro tiempo por un salario. Eso es lo que representa el restaurante para nosotros».

Es en esa circulación donde nuestros cuerpos se destruyen, se agobian, se aburren, se impregnan de ideología dominante. Es ahí cuando la cantidad prima sobre la calidad, somos alienados de nosotros mismos y privados de los medios para vivir. Es ahí donde hoy se estructuran las viejas miserias de la humanidad: la religión, el machismo o el racismo. Donde el juego, el goce, la sexualidad son oprimidas e incontinentemente intentan zafarse del chaleco de fuerza de la civilización moderna. Es ahí donde se simplifica y se evidencia la contradicción de clases a nivel social y mundial. Es cuando el proletariado en su antagonismo con la burguesía, en su contradicción con

el Capital tiene la posibilidad de abolir el antagonismo de clases revolucionariamente, aboliendo el Capital y todo su miserable mundo. Y para ello no debemos conservar el trabajo, tomar parte protagónica en la circulación, mantener la perspectiva del patrón y gestionar un “mundo obrero”.¹⁸

Por el contrario, una vez más decimos que la producción capitalista es preciso destruirla, que no tiene ningún sentido redistribuirla o hacerla más justa.

DINERO

«El dinero desaparecerá. Todo lo feo y lo absurdo desaparece tarde o temprano. (...) La moneda es un malvado fantasma que nos da la ilusión de medir el egoísmo y aprisionar la humanidad. Y los fantasmas, aunque sean aparentemente más poderosos que los dioses mismos, están destinados a desvanecerse al soplo frío y puro de la mañana. Despertaremos, y nos avergonzaremos de nuestras pesadillas.» (Rafael Barrett, *Deudas*)

La repulsión del proletariado hacia el dinero se mezcla con la búsqueda del mismo para vivir o sobrevivir en esta sociedad, es un secreto a voces que el dinero corrompe, arruina, destruye y que es un mal. No obstante, la mayoría olvida que **el problema no es simplemente que las cosas que necesitamos y deseamos tengan precio sino que fueron concebidas para ganar dinero y no para nosotros.**

«El dinero no es el “mal” a ser eliminado de una producción “buena”, sino la manifestación (que hoy se torna cada vez más inmaterial) del carácter mercantil de todos los aspectos de la vida. No puede ser destruido mediante la eliminación de signos, sino solo cuando el intercambio desaparece como relación social» señala Gilles Dauvé y, en relación al proceso revolucionario español de 1936–37, agrega: «Una de las principales debilidades fue la actitud hacia el dinero. La “desaparición del dinero” es significativa solo si implica más que el reemplazo de un instrumento para medir el valor por otro (cupones de trabajo, por ejemplo). Como la mayoría de los grupos radicales, se llamen marxistas o anarquistas, los proletarios españoles no vieron el dinero como la expresión y la abstracción de las relaciones reales, sino como un instrumento de medición, un dispositivo de contabilidad, y de esta manera redujeron el socialismo a una gestión diferente de las mismas categorías y componentes fundamentales del capitalismo. El fracaso de las medidas tomadas contra las relaciones mercantiles no se debió al poder de la UGT (que se oponía a las colectivizaciones) sobre los bancos. El

18 Para ampliar sobre esto último ver: *Producción – Reproducción – Ruptura* en nro. anterior.

cierre de los bancos privados y del banco central termina con las relaciones mercantiles solo si la producción y la vida son organizadas de una manera ya no mediada por la mercancía, y si tal producción y vida comunal llegan gradualmente a dominar la totalidad de las relaciones sociales.» (Gilles Dauvé, *Cuando las insurrecciones mueren*)

Que no pueda tocarse el dólar, ver pasar un minuto o sentir un grado no significa que estos carezcan de fuerza material. Uno podría destruir todas las mercancías del mundo, así como todos los relojes y todos termómetros, pero lo que es necesario destruir es la relación social que implica el doble carácter de la mercancía como valor de uso y valor de cambio. El dinero no es simplemente una moneda, una forma vacía utilizada para el intercambio; el dinero engendra y perpetúa esta comunidad ficticia de seres enajenados y explotados, impidiendo cualquier otra comunidad a su lado. El dinero nos somete a todos pero aislándonos, es una “comunidad” de seres aislados y en él se expresa toda la dominación de la materia inerte sobre los vivos.

«El dinero, en cuanto posee la propiedad de comprarlo todo, en cuanto tiene la propiedad de apropiarse todos los objetos es, pues, el objeto por excelencia. La universalidad de su cualidad es la omnipotencia de su esencia; vale, pues, como ser omnipotente (...), el dinero es el alcahuete entre la necesidad y el objeto, entre la vida y los medios de vida del hombre. Pero **lo que me sirve de mediador para mi vida, me sirve de mediador también para la existencia de los otros hombres para mí.** (...)

Lo que existe para mí por mediación del dinero, lo que puedo pagar, es decir, lo que el dinero puede comprar, eso soy yo, el poseedor del dinero mismo. **Mi poder es tan grande como el poder del dinero.** Las cualidades del dinero son mis —de su poseedor— cualidades y fuerzas esenciales. (...)

Si el dinero es el vínculo que me liga a la vida humana, que liga a la sociedad, que me liga con la naturaleza y con el hombre, **¿no es el dinero el vínculo de todos los vínculos?** ¿No puede él atar y desatar todas las ataduras? ¿No es también por esto el medio general de separación? Es la verdadera moneda divisoria, así como el verdadero medio de unión, la fuerza galvanoquímica de la sociedad.

El dinero en cuanto medio y poder universal (exterior, no derivado del hombre en cuanto hombre ni de la sociedad humana en cuanto sociedad) para hacer de la representación realidad y de la realidad una pura representación, transforma igualmente las reales fuerzas esenciales humanas y naturales en puras representaciones abstractas y por ello en imperfecciones, en dolorosas quimeras (...).

El dinero aparece, pues, como poder desintegrador para el individuo y los vínculos sociales que se dicen esenciales. Transforma la fidelidad en infidelidad, el amor en odio, el odio en amor, la virtud en vicio, el vicio en virtud, el siervo en señor, el señor en siervo, la estupidez en entendimiento,

el entendimiento en estupidez. Como el dinero, en cuanto concepto existente y activo del valor, confunde y cambia todas las cosas, es la confusión y el trueque universal de todo, es decir, el mundo invertido, la confusión y el cambio de todas las cualidades naturales y humanas.

Aunque sea cobarde, es valiente quien puede comprar la valentía. Como el dinero no se cambia por una cualidad determinada, ni por una cosa o una fuerza esencial humana determinadas, sino por la totalidad del mundo objetivo natural y humano, desde el punto de vista de su poseedor puede cambiar cualquier propiedad por cualquier otra propiedad y cualquier otro objeto, incluso los contradictorios. Es la fraternización de las imposibilidades; obliga a besarse a aquello que se contradice.» (Karl Marx, *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*)

DINERO Y VALOR

Lo que sigue a continuación es una parte de *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (conocido y citado también como *Grundrisse*).¹⁹

Las mercancías, por ejemplo, una vara de algodón y una medida de aceite, consideradas como algodón y aceite, son naturalmente diferentes, poseen características distintas, son medidas por distintos criterios, son inconmensurables. Como valores todas las mercancías son cualitativamente iguales y solo cuantitativamente diferentes; se miden por lo tanto y se sustituyen recíprocamente (se intercambian y son convertibles las unas en las otras) en proporciones cuantitativamente determinadas. **El valor es su relación social, su cualidad económica.** Un libro, que posee un determinado valor, y una libra de pan, que posee el mismo valor, se intercambian entre sí, **son el mismo valor solo que en distinto material.** Como valor la mercancía es al mismo tiempo equivalente para todas las demás mercancías en una determinada proporción. Como valor, la mercancía es un equivalente; como equivalente desaparecen en ella todas sus características naturales; ella no está en una relación cualitativa especial con las demás mercancías, sino que es la medida general, el representante general, el medio de cambio general de todas las demás mercancías. **Como valor ella es dinero.**

Todas las características enumeradas como características particulares del dinero son características de la mercancía como valor de cambio, características del producto como valor a diferencia del valor como producto. El valor de cambio de la mercancía como existencia particular junto a la mercancía misma, es el dinero;

¹⁹ Los fragmentos elegidos para este apartado (a excepción de los últimos tres párrafos), así como la selección de los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, fueron publicados por Etcétera bajo el título: *El enigma del dinero. Karl Marx investigador, descubridor de secretos* (en su colección *Mínimas*).

esta es la forma en la que **todas las mercancías se igualan, se comparan y se miden**; (...). En todo momento, en el cálculo, en operaciones de contabilidad, etc., transformamos las mercancías en signos de valor, las fijamos como meros valores de cambio, abstrayendo de su materia y de todas sus características naturales.

(...) Para realizar, por lo tanto, la mercancía como valor de cambio de un solo golpe, y darle la eficacia general del valor de cambio, no basta su intercambio con una mercancía particular. Ella tiene que ser intercambiada con **una tercera cosa, que no es una mercancía particular, sino el símbolo de la mercancía en cuanto mercancía** (...), un pedazo de papel o de cuero, que representa una parte proporcional de tiempo de trabajo. Un tal símbolo presupone el reconocimiento general del mismo; solo puede ser un símbolo social; expresa en realidad solo una relación social.

La determinación del producto como valor de cambio lleva consigo necesariamente el que el valor de cambio adquiera una existencia separada del producto. El valor de cambio separado de las mercancías y existiendo junto a ellas es el dinero. Todas las características de la mercancía como valor de cambio aparecen en el dinero, como en un objeto diferente de ella, en una forma de existencia social separada de su forma de existencia natural.

El valor de cambio del producto engendra, por lo tanto, el dinero junto al producto.

Las características del dinero como 1º medida del cambio de mercancías; 2º medio de cambio; 3º representante de las mercancías (por lo tanto objeto de los contratos); 4º mercancía general junto a las mercancías particulares, proceden todas de su determinación de valor de cambio objetivado y separado de las mercancías mismas.

(...) La mercancía es intercambiable por dinero, es equiparable al dinero, porque es valor de cambio. La relación en que es equiparada al dinero, es decir, la determinación de su valor de cambio, es condición previa a su transformación en dinero. La proporción en que una mercancía particular es intercambiada por dinero, es decir, la cantidad de dinero en que es transformable una determinada cantidad de mercancía, está determinada por el tiempo de trabajo objetivado en dicha mercancía.

(...) La necesidad de un dinero distinto del tiempo de trabajo procede de que la cuota de tiempo de trabajo debe ser expresada, no en su producto particular e inmediato, sino en un producto general y mediato.

La reducción de todos los productos y de todas las actividades a valores de cambio presupone tanto la disolución de todas las rígidas relaciones de dependencia personales (históricas) en la producción, como la dependencia recíproca general de los productores. No solo la producción de cada individuo depende de la producción de todos los otros, sino también la transformación de su producto en medios de vida personales pasa a depender del consumo de

todos los demás. Los precios son cosas antiguas, lo mismo que el cambio; pero tanto la determinación progresiva de los unos a través de los costos de producción, como el predominio del otro sobre todas las relaciones de producción se desarrollan plenamente por primera vez, y se siguen desarrollando cada vez más plenamente, solo en la sociedad burguesa, en la sociedad de la libre competencia.

La dependencia mutua y generalizada de los individuos recíprocamente indiferentes constituye su nexo social. Este nexo social se expresa en el *valor de cambio*, y no solo en este la actividad propia o el producto se transforman para cada individuo en una actividad o en un producto para él mismo. El individuo debe producir un producto universal: el *valor de cambio* o, considerado este en sí aisladamente e individualizado, *dinero*. Por otra parte el poder que cada individuo ejerce sobre la actividad de los otros o sobre las riquezas sociales, lo posee en cuanto es propietario de *valor de cambio*, de *dinero*. Su poder social, así como su nexo con la sociedad, lo lleva consigo en el bolsillo. La actividad, cualquiera que sea su forma fenoménica individual, y el producto de la actividad, cualquiera que sea su carácter particular, es el *valor de cambio*, vale decir, algo universal en el cual toda individualidad, todo carácter propio es negado y cancelado.

(...) El carácter social de la actividad, así como la forma social del producto y la participación del individuo en la producción, se presentan aquí como algo ajeno y con carácter de cosa frente a los individuos; no como su estar recíprocamente relacionados, sino como su estar subordinados a relaciones que subsisten independientemente de ellos y nacen del choque de los individuos recíprocamente indiferentes. El intercambio general de las actividades y de los productos, que se ha convertido en condición de vida para cada individuo particular y es su conexión recíproca con los otros, se presenta ante ellos mismos como algo ajeno, independiente, como una cosa. **En el valor de cambio el vínculo social entre las personas se transforma en relación social entre cosas; la capacidad personal, en una capacidad de las cosas.**

EL FETICHISMO DE LA MERCANCÍA

«El trabajador literalmente aliena, enajena su poder creador, lo vende. Puesto que el poder creador se refiere a la participación consciente del individuo en la formación de su medio material, puesto que el poder de decidir está en la raíz de la creación, sería más exacto decir que el poder creador simplemente no existe para el trabajador alquilado, en la sociedad capitalista. Es precisamente el poder de crear sus circuns-

tancias lo que el trabajador vende al capitalista; es precisamente este poder del que se apropia el capitalista, no solo en la forma del tiempo de trabajo homogéneo que compra por un precio, sino también en la forma del trabajo abstracto que se congela en las mercancías. Este trabajo cosificado, este trabajo abstracto que se cristaliza, congela, en mercancías, “adquiere una forma social determinada” en la sociedad capitalista, o sea, la forma del valor.» (Fredy Perlman, *El fetichismo de la mercancía*)

«El fetichismo de la mercancía existe dondequiera que exista una doble naturaleza de la mercancía y dondequiera que el valor mercantil, que es creado por la faceta abstracta del trabajo y representada por el dinero, forme el vínculo social y decida, por consiguiente, el destino de los productos y de los hombres, mientras que la producción de valores de uso no es más que una especie de consecuencia secundaria, casi un mal necesario.» (Anselm Jappe, *De lo que es el fetichismo de la mercancía y sobre si podemos librarnos de él*)

Para poder adentrarnos en la comprensión de la forma que adquiere esta sociedad y de la determinación de la actividad creadora de las personas en ella, entendiendo a la alienación, el fetichismo de la mercancía y el valor como dimensiones de esta determinación, primero tenemos que comprender necesariamente el doble carácter de la mercancía y del trabajo. Algunas menciones se hicieron, al pasar, en publicaciones anteriores, ya que sin ellas resultaba imposible reflexionar y criticar la sociedad mercantil o la economización de la vida contra las cuales luchamos. Sin embargo, en este nuevo CUADERNOS, se nos hace imprescindible ir un poco más allá.

La mercancía es, en apariencia, una cosa apta para satisfacer necesidades humanas de cualquier clase, broten de la panza o de la fantasía. Y consta de un doble carácter: valor de uso y valor de cambio.

Lo que constituye el valor de uso es el carácter concreto de la mercancía misma, entonces, el valor de uso solo toma cuerpo en la utilización y consumo de los objetos. Advertimos en este punto que hablamos de mercancía partiendo del análisis de la sociedad capitalista, por lo tanto, el valor de uso no se puede tomar como algo distinto al valor o como su “lado bueno”: **el valor de uso es el presupuesto del valor.** «El valor de cambio no ha podido formarse más que como agente del valor de uso, pero esta victoria por sus propios medios ha creado las condiciones de su dominación autónoma.» (Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*)

El valor aparece, a primera vista, como la relación cuantitativa, la proporción en que se cambian valores de uso

de una clase por valores de uso de otra, relación que varía constantemente con los lugares y los tiempos.

Lo que caracteriza visiblemente la relación de cambio de las mercancías es precisamente el hecho de hacer abstracción de sus valores de uso respectivos. Como valores de cambio, **las mercancías no encierran ni un átomo de valor de uso**, como tampoco el carácter útil de los trabajos que representan y las diversas formas concretas de estos trabajos, que dejarán de distinguirse unos de otros para reducirse todos ellos al mismo trabajo humano, al trabajo humano abstracto²⁰.

Considerados como cristalización de esta sustancia social común estos objetos son valores, valores-mercancías; «si estas pudiesen hablar, dirían: es posible que nuestro valor de uso interese al hombre, pero el valor de uso no es atributo material nuestro. Lo inherente a nosotras, como tales cosas, es nuestro valor. Nuestras propias relaciones de mercancías lo demuestran. Nosotras solo nos relacionamos las unas con las otras como valores de cambio.» (Karl Marx, *El Capital*)

Una mercancía en cuanto tal, no se halla definida por el trabajo concreto que la ha producido, sino que es una mera cantidad de trabajo indistinto, abstracto, es decir, la cantidad de *tiempo de trabajo socialmente necesario* que se ha gastado en producirla. Para visualizarlo mejor: en una tienda de cualquier parte del mundo los escaparates contienen mercancías igualadas para poder ser compradas con el mismo dinero, pescado congelado, aromatizantes para baño, latas de tomates; todas mercancías que fueron producidas para intercambiarse y por lo tanto, fueron producidas únicamente por su valor, por un trabajo que dejó de lado las particularidades de la actividad del horticultor, del recolector de tomates, del obrero que los seleccionó manualmente, del ingeniero que diseñó la máquina “pellizadora” para quitarles la piel, etc. Para la producción es indistinto el carácter concreto de lo producido, es indistinto el aroma de un tomate, su color o lo sabroso de su pulpa, tampoco le interesa el trabajo realizado por el recolector, sus largas caminatas bajo el sol, el intenso dolor en una de sus pantorrillas o su agilidad para cortar los frutos más rojos, lo único que motivó su existencia fue la posibilidad del cambio con la mejor tasa de ganancia posible, entonces, el tomate solo se produce por su valor y por lo tanto, por el trabajo abstracto que contiene, por la cantidad de trabajo socialmente necesario para su producción.

Entonces, como se puede comprender ya, el doble carácter de la mercancía es indisociable del doble carácter del trabajo: trabajo concreto y trabajo abstracto.

El trabajo concreto es el trabajo a partir del cual el ser humano transforma la naturaleza para obtener un deter-

20 Remarcamos que cuando hablamos de trabajo abstracto no hacemos alusión en modo alguno al concepto de trabajo inmaterial como confunden algunas teorías a la moda.

minado objeto para satisfacer sus necesidades.²¹ Fácilmente podemos suponer que no se despliegan los mismos procesos de trabajo, ni se obtienen los mismos resultados, si el objetivo es crear un repuesto para automóviles o un kilo de tomates; cada uno de los trabajos concretos es *cualitativamente* diferente del otro y arrojan, en consecuencia, distintos valores de uso. Ahora bien, dejando de lado este aspecto concreto del trabajo solo queda en pie el ser un gasto de fuerza humana de trabajo, todos los trabajos pasan a tener en común ser gastos productivos de cerebro humano, músculos, nervios, manos, es en este sentido que son trabajo abstracto. **El valor de la mercancía solo representa trabajo humano, gasto de trabajo humano, puro y simplemente.**

«Hay que darse cuenta de que el trabajo abstracto no es una abstracción nominal, ni una convención que nazca (aunque fuera inconscientemente) en el intercambio: es la reducción efectiva de toda actividad a un simple gasto de energía. Esta reducción es “efectiva” en el sentido de que las actividades particulares —y de igual manera, los individuos que las realizan— solo se vuelven sociales en cuanto quedan reducidas a dicha abstracción.» (Anselm Jappe, *De lo que es el fetichismo de la mercancía...*).

«No se trata, pues entonces, de una abstracción mental, sino de una abstracción real. Es un hecho que se produce en un lugar determinado y que tiene una duración igualmente determinada. Y que ejerce su reinado en el mercado. Allí, en la plaza del mercado o en los escaparates, las cosas no cambian. Están como hechizadas por una exclusiva actividad: cambiar de propietario. Esperan ser vendidas, no puede hacerse uso de ellas.» (Alfred Sohn-Rethel, *Trabajo manual y trabajo intelectual*)

La abstracción no es un capricho del Capital, la sociedad organizada a partir de la producción privada y aislada debe necesariamente socializar su producción para poder intercambiar lo producido; debe deshacerse de la cualidad del trabajo, aferrarse a ese gasto de trabajo equivalente para todos los trabajos y que permite cuantificar la equivalencia de los productos para el cambio. Podemos entender así lo que Marx estaba poniendo al descubierto en *El fetichismo de la mercancía*, y su secreto de *El Capital*: «El carácter misterioso de la forma mercancía estriba, por tanto, pura y simplemente, en que proyecta ante los hombres el carácter social del trabajo de estos como si fuese un carácter material de los propios productos de su trabajo, un don natural social de estos objetos y como si, por tanto, la re-

lación social que media entre los productores y el trabajo colectivo de la sociedad fuese una relación social establecida entre los mismos objetos, al margen de sus productores. Este *quid pro quo* es lo que convierte a los productos del trabajo en mercancía, en objetos físicamente metafísicos o en objetos sociales.»

Solo en una producción basada en trabajos privados independientes los objetos adoptan la forma de mercancías. En este modo de producción capitalista, el trabajo colectivo de la sociedad se conforma a partir del conjunto de trabajos privados, que funcionan como eslabones del mismo únicamente por medio de las relaciones que el cambio establece entre los productos del trabajo y, a través de ellos, entre los productores. En efecto, los productores entran en contacto social al cambiar entre sí los productos de su trabajo, por lo tanto, el carácter específicamente social de sus trabajos privados solo resalta dentro de este intercambio. Las relaciones sociales que se establecen entre los trabajos privados aparecen entonces como lo que son; es decir, no como relaciones directamente sociales de las personas en sus trabajos, sino como relaciones materiales entre personas y relaciones sociales entre cosas.

Los análisis más vulgares, y más extendidos entre el “sentido común”, parten de pensar en la necesidad de un equivalente general (el dinero), que solo surgió para hacer más fácil el cambio,²² cuando la equivalencia (abstracción) está dada desde y en la producción misma. Una vez más el problema no es la distribución y consumo de las mercancías, sino la producción que nace para el intercambio de objetos (mercancías), para el intercambio de productos de trabajos privados, a fin de lograr valorizar el valor. **Antes de que dos mercancías tengan que ser intercambiadas, hay ya un intercambio original, el del capitalista comprando la fuerza de trabajo individual para producir un valor social;** hay ya una privación original, la desposesión de los medios de vida a la mayor parte de las personas para que tengan que participar individual y voluntariamente vendiendo como mercancía lo único que les queda para su propia reproducción y para la producción de más mercancías y valor.

Una mercancía está hecha siempre con miras al intercambio (de lo contrario no sería mercancía) y, en ese sentido, da igual para el Capital que se produzca una bomba atómica o una barbie, aunque el Capital siempre sabe, según el momento histórico, si le conviene producir más armas de destrucción masiva de proletarios o más ficciones para la frustración psíquica de futuras generaciones impotentes.

21 El trabajo concreto y el trabajo abstracto son dos aspectos inseparables del trabajo como forma que toma la actividad humana en la sociedad capitalista. Remarcamos esta cuestión ya que el trabajo concreto suele comprenderse de manera trans-histórica, como si hubiese existido siempre, como forma natural de actividad humana, así como ocurre también con el valor de uso como utilidad de las cosas.

22 Sobre este mito se puede leer en CUADERNOS DE NEGACIÓN nro. 9 el apartado titulado: *El mito del intercambio como actividad natural de los hombres*.

... Y SU SECRETO

«(...) si el análisis de la doble naturaleza de la mercancía y de la doble naturaleza del trabajo constituye, por expresarlo con los términos de Marx, el “pivote” de su análisis, sin duda, el capítulo sobre el fetichismo forma parte de dicho núcleo. El fetichismo no es un fenómeno perteneciente a la simple esfera de la conciencia, no se limita a la idea que los actores sociales se hacen de sus propias acciones; en esta fase inicial de su análisis, de hecho Marx no se preocupa de saber cómo los sujetos perciben las categorías básicas y cómo reaccionan ante ellas. **El fetichismo forma parte, pues, de la realidad fundamental del capitalismo y es la consecuencia directa e inevitable de la existencia de la mercancía y del valor, del trabajo abstracto y del dinero.**

En lugar de limitarse a poner en cuestión el ocultamiento de las “verdaderas” relaciones de producción, el concepto de fetichismo de la mercancía analiza las relaciones sociales que se crean efectivamente en la sociedad capitalista. El fetichismo no es una “representación” que acompañe a la realidad del trabajo abstracto (...) cuando la categoría de fetichismo se entiende solo como mistificación de las “relaciones reales” de explotación, es posible incluso que, de forma grotesca, se exprese una pseudocrítica del fetichismo en nombre del trabajo que el fetichismo “ocultaría”. En realidad **no es posible superación alguna del fetichismo sin abolir prácticamente el trabajo.**

En su nivel más profundo, el capitalismo no es el dominio de una clase sobre otra, sino el hecho de que la sociedad entera está dominada por abstracciones reales y anónimas. Desde luego hay grupos sociales que gestionan ese proceso y obtienen beneficios de él, pero llamarlos “clases dominantes” significaría tomar las apariencias por realidades. Marx no dice otra cosa cuando llama al valor “el sujeto automático” del capitalismo. **Son la valorización del valor, en cuanto trabajo muerto, a través de la absorción del trabajo vivo, y su acumulación en forma de capital las que gobiernan la sociedad capitalista, reduciendo a los actores sociales a simples engranajes de ese mecanismo.»** (Anselm Jappe, *De lo que es el fetichismo de la mercancía...*)²³.

23 Hemos citado en varias ocasiones a Jappe a lo largo de los diferentes nros. de CUADERNOS por sus exposiciones en torno a la crítica del valor. Sin embargo, creemos necesario criticar sus posiciones en torno a la lucha de clases que se ve reflejada sobre el final de la cita anterior y que se puede encontrar en varios de sus textos y charlas que ha brindado en varios lugares del mundo.

Para Jappe la lucha de clases es inmanente a la reproducción del Capital, los actores sociales son simplemente engranajes del mecanismo de valorización. Cuando Jappe se refiere a las posibilidades de emancipación social se enfoca en ciertas formas de vida que aún conservan algunas características precapitalistas, por ejemplo, en torno a la propiedad de la tierra y los vínculos comunales. En otros casos su perspectiva es bastante catastrofista.

Contra todos los vulgarizadores de esta noción, contra todos aquellos que ubican al fetichismo de la mercancía como un aspecto psicológico o mental que brotaría espontáneamente del cerebro de los proletarios, decimos que el fetichismo es concreto, real y esencial en el capitalismo, que **la mercancía es esta ilusión efectivamente real, en tanto la manifestación y naturaleza particular de la actividad de los seres humanos es transformada en valor.**

ALIENACIÓN

«El hombre separado de su producto produce cada vez con mayor potencia todos los detalles de su mundo, y así se encuentra cada vez más separado del mismo. En la medida en que su vida es ahora producto suyo, tanto más separado está de su vida.» (Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*)

«En la génesis de *alienación* podemos encontrar pistas sobre su evolución posterior e implicaciones actuales. Desde sus comienzos está ligada a aspectos religiosos. En la Edad Media se usaba para hablar del abandono de atributos divinos cuando el dios se encarnaba, también para señalar la separación del pecador respecto al dios y, en otras ocasiones, con esta expresión se referían al alejamiento del espíritu respecto del cuerpo en momentos de éxtasis religioso.

Rousseau habla de alienación en dos sentidos, como alejamiento del hombre respecto de la naturaleza y como transferencia de autoridad, a través del contrato social, a las instituciones. Hegel recoge este sentido jurídico de la palabra y también el del espíritu que, al hacerse material, se despoja de su divinidad y el del pecador que, con sus actos, se aleja de su misma esencia. Con el desarrollo de la teoría revolucionaria moderna (socialista, comunista, anarquista...) el concepto adquiere un carácter social e histórico. A

Para nosotros la catástrofe es posible así como la revolución, pero si esta última ocurre no vendrá desde fuera de la dinámica de valorización. Si los proletarios luchamos es debido a los sufrimientos que nos impone el Capital, y es así también como hemos llegado a criticar esta sociedad y asumir la perspectiva revolucionaria. Hoy, la enorme mayoría del proletariado solo conoce esta forma de vida y solo puede criticarla de manera negativa, no puede apoyarse en ninguna experiencia directa de vida al margen del Capital.

No es lugar aquí para profundizar acerca de las diferentes concepciones que existen acerca de las clases sociales y en particular del proletariado. Solo advertiremos sobre la enorme confusión entre proletariado y socialdemocracia, que no permite comprender la realidad contradictoria del proletariado en tanto reproductor y negador de esta sociedad. Jappe es parte de esta confusión, que observamos cuando critica la noción de sujeto revolucionario como si se tratase de un sujeto político o cuando habla del proletariado como clase obrera.

EL TRABAJO ENAJENADO

(Karl Marx, *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*)

«El trabajador se torna tanto más pobre cuanto más riqueza produce, con cuanto mayor poder y volumen incrementa su producción. El trabajador se convierte en una mercancía tanto más barata cuantas más mercancías produce. **La desvalorización del mundo del hombre crece en proporción directa a la valorización del mundo de las cosas.** El trabajo no solo produce mercancías; se produce a sí mismo y al trabajador como una *mercancía*, y, por cierto, en la proporción en que produce mercancías.

Además, este hecho expresa solo lo siguiente: el objeto que produce el trabajo, su producto, se enfrenta al trabajo como un *ser ajeno*, como una *fuerza independiente* del productor. El producto del trabajo es el trabajo que se ha fijado, que se ha materializado en un objeto, es la *objetivación* del trabajo. (...) A tal punto, la objetivación aparece como pérdida del objeto, que el trabajador es despojado de los objetos más necesarios; no solo de la vida, sino de los objetos de trabajo. Inclusive, el trabajo mismo se convierte en un objeto, que el trabajador solo puede apropiarse con el mayor esfuerzo y con las más irregulares interrupciones. La apropiación del objeto aparece a tal punto como alienación que, cuantos más objetos produce el trabajador, tanto menos puede poseer, y tanto más se encuentra sometido al dominio de su producto, el capital.

En la determinación según la cual el trabajador se relaciona con el *producto de su trabajo* como un objeto *ajeno*, residen todas esas consecuencias. Pues, de acuerdo con esta presuposición, es claro que cuanto más se ejercita el trabajador, tanto más poderoso se torna el mundo ajeno, objetivo, que crea ante sí; tanto más pobre se torna él mismo, su mundo interior; es tanto menos dueño de sí mismo. Ocurre lo mismo con la religión. Cuanto más pone el hombre en dios, tanto menos retiene de sí mismo. El trabajador pone su vida en el objeto; pero aquella ya no le pertenece a él, sino al objeto. Cuanto mayor es, pues, esa actividad, tanto más desprovisto de objeto se encuentra el trabajador. Lo que es el producto de su trabajo, no lo es él. Cuanto mayor es, pues, este producto, tanto menor es el trabajador mismo. La *enajenación* del trabajador en su producto significa no solo que el trabajo de aquel se convierte en un objeto, en una existencia *externa*, sino también que el trabajo existe *fuera de él*, como algo independiente, ajeno a él, se convierte en una fuerza autónoma de él; significa que aquella vida que el trabajador ha concedido al objeto se le enfrenta como algo hostil y ajeno. (...)

Hasta aquí, hemos considerado la alienación, la enajenación del trabajador solo desde una perspectiva, a saber: la relación del trabajador con los productos de su trabajo. Pero la alienación se muestra no solo en el resultado, sino en el acto de producción, dentro de la propia actividad productora. ¿Cómo podría enfrentarse el trabajador al producto de su actividad como a algo ajeno, si él mismo no se alienara de sí mismo en el propio acto de producción?

El producto es solo el resumen de la actividad, de la producción. Si, pues, el producto de trabajo es la alienación, la producción misma desde ser la enajenación activa, la enajenación de la actividad, la actividad de la enajenación. En la alienación del objeto de trabajo se resume solo la alienación, la enajenación en la actividad del trabajo mismo.

(...) Su trabajo no es, pues, voluntario sino impuesto, es un trabajo forzado. Por ello, no es la satisfacción de una necesidad, sino solo un medio para satisfacer necesidades externas al trabajo. **Lo ajeno de su naturaleza se muestra nitidamente en que, tan pronto como deja de existir una imposición física o de otro orden, se huye del trabajo como de una peste.** El trabajo externo, el trabajo en que el hombre se enajena, es un trabajo de autosacrificio, de castigo. Finalmente, la exterioridad del trabajo para el trabajador se manifiesta en que no es propiedad de este, sino de otro; en que no le pertenece; en que, en el trabajo, el trabajador no pertenece a sí mismo, sino a otro. Como, en la religión, la propia actividad de la fantasía humana, de la mente humana y del corazón humano, independientemente del individuo, actúa sobre este como una actividad ajena, divina o demoníaca, así también la actividad del trabajador no es su propia actividad. Pertenece a otro, es la pérdida de sí mismo.

(...) Hemos considerado el acto de la alienación de la actividad humana práctica, el trabajo, desde dos perspectivas: 1. La relación con el producto del trabajo como un objeto ajeno que lo domina. Esta relación es, al mismo tiempo, la relación con el mundo externo sensorial, con los objetos naturales como con un mundo ajeno, hostilmente contrapuesto al trabajador. 2. La relación del trabajo con el acto de producción dentro del trabajo. Esta relación es la que existe entre el trabajador y su propia actividad como algo ajeno, que no le pertenece; la actividad como padecimiento, la fuerza como impotencia, el engendramiento como castración, la propia energía física y espiritual del trabajador, su vida personal —pues qué es la vida sino actividad— como una actividad vuelta en su contra, independiente de él, que no le pertenece. (...)

Ahora tenemos que extraer una tercera determinación del trabajo alienado a partir de las dos anteriores.

En la medida en que se aliena al hombre 1. de la naturaleza, 2. de sí mismo, de su función activa, de su actividad vital, el trabajo alienado también aliena al hombre del género; hace que, para el hombre, la vida genérica se convierta en medio de la vida individual. En primer lugar, aliena la vida genérica y la vida individual y, en segundo lugar, convierte a la segunda, su abstracción, en fin de la primera, también esta en su forma abstracta y alienada.

Una consecuencia inmediata de que al hombre le sea alienado el producto de su trabajo, de su actividad vital, de su ser genérico, es la alienación del hombre con respecto del hombre. Si el hombre se enfrenta consigo mismo, también se le enfrenta el otro hombre. **Lo que vale para la relación del hombre con su trabajo, con el producto de su trabajo y consigo mismo, vale para la relación del hombre con el otro hombre, como también con el trabajo y el objeto del trabajo del otro hombre.»**

partir de ese momento, desde los sectores interesados en la transformación de la sociedad, se entiende que la alienación es producto de una forma de relación social determinada. Una manera de relacionarse establecida por el modelo de sociedad vigente.» (Anónimo, *Jugar con arena*)

La palabra alienación deriva etimológicamente del latín *āliēnātiō*, *ōnis*: *alejamiento, privación*, procedente a su vez del adjetivo *āliēnus*: *propio de otro, extraño a uno, ajeno*. Sin embargo, usualmente se llama «alienado» a quien pasa horas frente al televisor u otra pantalla o a quien sufre un trabajo muy repetitivo. Por ello, para referirnos al mismo fenómeno, preferimos emplear *enajenación*, debido a su literalidad.

Cada persona en su rol de trabajador aliena su creatividad y su vida vendiéndola al capitalista. Es en este sentido que la alienación es objetiva, es decir real, concreta y actual. **Aunque se pueda comprender a la alienación como una experiencia psicológica individual, como algo que existe en la mente del alienado, esta es estructural de toda la sociedad capitalista, de toda su sociabilización.**

En el capitalismo el trabajo es alienado (hecho ajeno al trabajador) para poder ser comprado y vendido. Esta enajenación se reproduce a escala cada vez más ampliada, persiguiendo al productor en todos los aspectos y relaciones de la vida social. Así, el ciudadano es la expresión del ser alienado que trasciende el proceso de producción inmediato.

La alienación del trabajo es una noción histórica y, por lo tanto, transitoria. Sostener que toda actividad humana es alienación es meter todo en la misma bolsa y justificar el modo de producción existente, presentarlo como insuperable. Cuando hablamos de alienación, hacemos referencia a la enajenación del proletario con los productos de “su” trabajo así como con su actividad productora convertida en trabajo; enajenación de cualquier ser humano que nace desposeído de los medios de subsistencia, una enajenación que necesariamente se extiende a todos los ámbitos de la vida de un proletario.

Son razones sociales las que hacen a cada individuo sentirse vacío y débil, proyectando fuera de sí sus capacidades, fuerza e imaginación en un líder, en un equipo de fútbol, una estrella de la música o su dios—a—medida. La lucha proletaria puede ser liquidada de la misma forma, malgastando fuerzas, depositándolas en un partido formal, líder, ideología o utopía. Desconfiando cada uno de sí mismo y de la clase a la cual pertenece. De este modo, la noción de proletariado también puede ser un concepto vacío experimentado como exterior por sus integrantes, como una exterioridad que debería salvarnos. Cuando retomamos el hilo de la revolución asumimos que la emancipación de los oprimidos debe ser obra de los mismos oprimidos, no porque sea una bonita frase o un simpático cliché, sino porque es inútil esperar salvaciones externas y porque debemos dejar en evidencia nuestra potencia en tanto clase.

Son razones sociales, también, las que hacen pasar por natural que toda relación sea tomada por un intercambio. Se trate de sexo, amistad, amor o lo que sea que signifique dar para recibir algo a cambio. Donde los medios justifican los fines y la calidad se subordina a la cantidad. **Si los seres humanos llegamos a tratarnos unos a otros como cosas es porque antes ya lo ha hecho el sistema capitalista de producción, la sociedad de la cual formamos parte.** Nos horroriza la cosificación de un bebé en una publicidad, de una mujer a la que se le grita por la calle, pero también nos horroriza la cotidianidad del Capital. En cuyo mundo nuestra existencia misma está cosificada, porque bajo el Capital no somos otra cosa que cosas, nos reproducimos como cosas y las relaciones que entablamos, por tanto, no pueden sino seguir la misma dinámica. Al reducirnos a objetos y negarnos como sujetos es que el Capital mismo logra erigirse como sujeto de la sociedad. Es por ello que insistimos en que la burguesía es nuestra enemiga en tanto representante del Capital.

Son también razones sociales las que hacen de esta una sociedad de la representación. No simplemente por el vacío que nos imprimen las imágenes; estas son, en última instancia, una consecuencia del capitalismo en acción. «¿En qué consiste el núcleo de nuestra crítica del mundo de la mercancía y del salario? En que cada mercancía se enfrenta a las demás mostrando un rostro que no es el suyo ni expresa su naturaleza profunda, puesto que antepone la cantidad de trabajo encarnado en ella a su contenido real. Al presentar de este modo un resumen de sí misma, no dice nada de sí, hablando de otra cosa que no es ella. Las mercancías no se detienen, al momento del intercambio, a decirse lo que son. Se relacionan entre sí en función de una forma exterior, de un envoltorio: cada una envuelve una porción de trabajo que le es indiferente. Y puesto que todo es mercancía, nuestro mundo es una sociedad de la representación.» (Jean Barrot, *Crítica de la Internacional Situacionista*)

Son razones sociales también las que nos llevan a intentar llegar a la raíz de lo que nos niega, para encontrar «la *verdad* de esta sociedad que no es otra cosa que la *negación* de esta sociedad». Nos mueven las contradicciones de todos los días, las penurias y las tristezas, así como la certeza de que una verdadera existencia es posible, de que es posible «la apropiación por el hombre de su propia naturaleza [que] es también su comprensión del despliegue del universo» (Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*). Son sociales las razones de nuestra lucha, y sociales serán las soluciones. Seguiremos entonces, en el próximo número, intentando desentrañar un poco más el valor y su autovalorización, objetivo último y justificación de toda explotación.

Estos aportes, aunque mínimos, no buscan más que alimentar el torrente de la crítica radical, hacia el desborde total de la lucha y hacia la marea revolucionaria sin retorno.